

Bajo el  cielo de
MADRID y el
mundo de
Aitana



JENNY DEL

Bajo el cielo de Madrid y el mundo de Aitana

Jenny Del

Bajo el cielo de Madrid y el mundo de Aitana.

Jenny Del.

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Noviembre, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

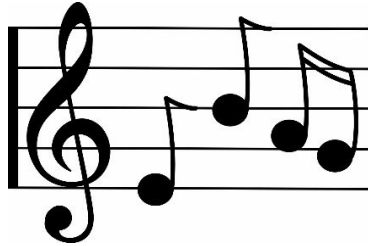
Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Capítulo 1



Acababa mi clase del martes noche y estaba eufórico. Había tenido mis dudas sobre si abrir o no la academia de bailes latinos, pero finalmente debía rendirme a la evidencia: quien no arriesga no gana y a mí podían tildarme de muchas cosas menos de cobarde.

—¡Enhorabuena Jorge! Vaya clasicita— dijo Alex, bastante entusiasmado mientras íbamos saliendo.

—Y casi tengo que traerte de los pelos, compañero. Te dije que cuando lo probaras no ibas a poder pasar del baile. La salsa y la bachata te atrapan y además te aviso que para siempre—le respondí, teniendo muy claro que no exageraba, sino que más bien me quedaba corto.

—Pues no, no me veía yo bailando, para qué nos vamos a engañar, aunque, a decir verdad, creo que tengo menos gracia moviéndome que Robocop. Claro está claro que uno no puede valer para todo...

—Hombre a ver, mucha, mucha gracia no es que tengas, pero ya te pondré las pilas y tú te las vas a llevar de calle bailando como que me llamo Jorge.

—Se agradece, compañero. ¿Qué se siente cuando estás ahí arriba y...?

—Buff, para mí el baile es la vida, qué te voy a contar...

—Sí, pero no solo me refiero a eso. Ya me entiendes...

—Pues ahora mismo no tengo ni pajolera idea de a qué te refieres...

—¿No me vayas a decir que no notas sus miradas?

—¿Qué miradas?

—Las de las tías, cuáles van a ser, no hay ni una que no te coma con los ojos...

—No jodas, no me había dado cuenta...

—¡Serás pieza! ¿Con cuántas te has acostado?

—Espera, que saco la calculadora... Yo qué sé tío, ¿crees que llevo un diario o qué?

—En serio, mataría por ser tú un solo día...

—No es para tanto amigo...

—Eso lo dices tú porque tú ya no le das ni importancia, pero es la bomba... Y una curiosidad, ¿cuáles son las que más te atacan?

—Justo las que estás pensando: las que vienen con sus parejas...

—Joder es el colmo del morbo... Mira por ahí viene la morenita esa, Aitana se llama, ¿no?

—Sí, ¿ves tú? Quizás por esa podría dejarme echar el lazo...

—No jodas, me dejas de piedra, ¿y eso?

—Porque esa tiene algo distinto...

—Aitana, ¿quién es tu amiga? Creo que no la había visto por aquí antes—dijo Alex.

—Me podías preguntar a mí también que no me ha comido la lengua el gato... Me llamo Paula—contestó la chica.

—Pues encantado Paula. Yo me llamo Alex y al “figura” ya lo conoces. Es Jorge, el que tiene babeando a todo el personal femenino de la ciudad y, casi diría que a una parte del masculino...

—Podías haberme ahorrado la coletilla esa última, no me hacía falta saberlo—dijo, riendo.

—Oye monumento, ¿y esa moto es tuya? —me preguntó Paula, bastante interesada...

—Sí, esta es la única que me aguanta—respondí.

—Será porque tú quieras... Porque yo, aguantarte, te aguantaría tela...—dijo con tono libidinoso.

Lancé la típica sonrisa de compromiso, por aquello de que era alumna mía pero no le bailé el agua ni un segundo. La falta de originalidad es algo que siempre me ha resultado hasta burdo y, aunque por mi trabajo tengo que ejercer algo más de relaciones públicas de lo que a veces me apetece,

hace tiempo que entendí que no necesito ser el mono de feria de nadie para llenar las clases. Soy bueno en mi trabajo y esa es mi principal carta de presentación.

—Aitana y tú, ¿cómo has pillado tan rápido el movimiento ese de la onda? —le preguntó Alex—
¡Maldita sea, creo que tendré que nacer mil veces para que me salga!

—Porque lo lleva en el cuerpo y tú no cenutrio—respondí, antes de que ella pudiera decir “esta boca es mía...”

Su sonrisa de medio lado me gustó. Aitana era sutilmente elegante y tenía un aire misterioso que me estaba atrayendo cada vez más y eso que solo era la tercera vez que venía a mis clases...

—Vaya, está claro que unas nacen con estrella y otras estrelladas—añadió Paula, un poco arañada...

— El jueves más y mejor, chicas y este fin de semana hay congreso. No acepto excusas de esas del tipo de que sois novatas ni tonterías parecidas...

—Sí, sí, el jueves nos vemos—dijo Paula, tirando del brazo de Aitana...

—¿Y el fin de semana, Aitana?— pregunté por preguntar, porque ya apostaba a que tenía las mismas ganas de verme que yo a ella...

—Puede—respondió con aire chulesco mientras comenzaba a avanzar por la calle con aquellos leggins de cuero que le sentaban de muerte...

—¿Cuánto hace que tú y yo nos conocemos?—me preguntó Alex con la sonrisa de sabiondo en la cara.

—Pues unos mil más o menos... sin exagerar. ¿Por?

—Porque es la primera vez que te veo invitar a una chica a algo. Lo normal es que sean ellas las que se vuelvan locas porque las acompañes. Todas las que vienen solas y la mitad de las que vienen acompañadas matarían porque les lanzaras la caña como acabas de hacer con Aitana y, sin embargo, ella ni se ha inmutado.

—Evidentemente y por eso lo he hecho. Es más, admito que, si me hubiera confirmado su asistencia, habría perdido todo el interés por ella, sobre la marcha...

—Vale, vale...ya lo voy pillando. Vamos que esta es una rival a tu altura y no más de lo mismo,

¿es eso?

—Está claro amigo, sabes que no le hecho nunca ascos ni le hago a un polvazo pero cada vez me la trae más al paio lo que suelo encontrarme cuando termino. Es más, hace un siglo que no me quedo a dormir con nadie, ya sabes...

—Total que polvo, pitillo y carretera y manta, ¿no?

—Así es...

—Pues anda que las dejarás contentas, las mujeres odian eso...

—No te equivoques. Solo voy con las que no buscan más que un polvo, igual que yo. La idea es no herir a nadie...

—¿Te he dicho alguna vez que eres más chulo que un ocho, compadre?

—Creo que dos o tres por día, amigo... ¿No es una preciosidad? —le pregunté mirando a la puerta de la academia, esa que tanto me había costado tener y por la que estaba dispuesto a dejarme la piel.

—No la mires más anda, que se te va a caer la baba. Y el nombre le viene de perilla, “Escándalo...” —respondió—Ya te tocaba, amigo, ya te tocaba... Has currado a tope y aquí tienes el fruto. Y encima, no te ha faltado placer por el camino, vamos que a ti sí que se te puede decir eso de “que te quiten lo follao, digo lo bailao...”

—Eres un cabronazo... Te veo el jueves sí o sí... Voy a ir pensando un pasito para darte un poco de por saco con él...

—Tú tócame mucho las narices que no me ves más el pelo por aquí...

—No puedes resistirte a mis encantos...

—Será eso... Y, por cierto, Paula ha tocado en hueso duro contigo, intentaré yo sacar tajada el próximo día...

—Ya estás tardando, como buena está también un rato... El sábado follamos, apúntalo en tu agenda...

El jueves me llamó la atención no ver a Aitana al comienzo de la clase, pero todavía confiaba lo suficiente en mi instinto como para saber que la química era compartida y que la puerta no tardaría

en abrirse...

— Bueno, chicas, chicos, parejas, espero que vengáis con ganas de aprender y, sobre todo, lo más importante, de pasarlo bien... Mi cuerpo pide salsa, ¿y el vuestro?...

—¡Sí! —corearon al unísono, sin demasiado convencimiento...

—Pues vaya mierda de salsa que os pide... Voy a volver a preguntarlo y espero que le pongáis más entusiasmo...

—¿Cómo es la cosa? ¿Qué es lo que os pide el cuerpo?

—¡Salsa!...

—Bueno un poco mejor. Repetidlo cada uno mil veces esta noche y estamos en paz... Y otra cosita, la distancia la va pidiendo el baile. Si a alguien le dan miedo las distancias cortas, igual lo lleva un poco mal, pero eso no significa que la cuestión sea refregarse, creo que me he explicado. Así que, con toda la energía del mundo vamos a darle a ese básico: ¡un, dos, tres, cuatro, cinco, seis...!

De cara al espejo no tuve ningún problema en divisarla tan pronto se abrió la puerta, tres o cuatro minutos después, en compañía de Paula.

—Venga, venga, vamos a ir rotando, esos hombres que no tengan miedo. Nadie va a quitarles a sus mujeres, salvo que ellas quieran claro...

—Jorge, ¡nos falta un hombre! —dijo Paula, al darse cuenta de que ella y Aitana se habían quedado sin pareja...

—Lo que hay que oír, seguro que cualquiera de los presentes estaría encantado en solucionar vuestro problema... Y mientras, si es para bailar, subid alguna de las dos y...

—Venga pues yo misma—dijo Paula con ojillos picarones...

—¡Mira tú por dónde! Ahí tenéis un caballero con ganas de darle...—dije, viendo que Alex acababa también de llegar...

—“Aquí está el tío”—dijo, saludando a los presentes...

—Venga Alex que “Camarón que se duerme se lo lleva la corriente”, aquí la dama necesita una pareja...

—¿Dónde vas tú tan solita, rubia? —le preguntó a Paula, a quien no pareció hacerle demasiada gracia que la retuviera...

—Eso quiere decir que queda suelta una morena, ¡venga usted por aquí belleza, como quiera que se llame! —dije, mirando a Aitana.

La bromita de hacer ver que no recordaba su nombre no pareció entusiasmarle. Llegó a mi altura con cara de pocos amigos.

—¿Cómo es que te llamabas? Que no lo recuerdo—insistí, en el colmo de la guasa...

—No sé, yo tampoco lo recuerdo—me dijo en tono bajo, mientras yo iba poniendo la música...

—En ese caso, ¿te vale si te llamo “fea”? —susurré en su oído...

—No, si quieres que te conteste...

—Menos charla y vamos allá... A mis brazos, no muerdo... Posición social...

—Pues cuidado, igual yo sí...

—¿De veras? Me gustaría comprobarlo...—dije, guiñándole un ojo.

—Gente, vamos a darle ahora al “dile que no”, ya veréis que facilito y lo satisfechos que os vais de aquí y, si no, os termináis de satisfacer fuera, que todo hay que decirlo. ¡Alegría pá el cuerpo...!

—Venga, venga, vamos rotando... ¡Y al final vuestra primera rueda! ¡Y además tenemos una cumpleañera! ¡Esos hombres que se vayan preparando...!

—Oye fiera, ¿repetimos este finde lo de hace un par de semanas? —me dijo María, una de mis alumnas cuando le tocó el turno...

—Calla y baila anda, que esas cosas no se planean...

—Puede o puede que te estés encoñando con la morenita esa de la que no recuerdas el nombre, casualmente...

—Puede...aunque lo cierto es que no es de tu incumbencia, guapa...

—Pues una cosita te digo Jorge, como te echen el lazo vas a perder mucho sex appeal... Te advierto que la mitad de las que están aquí están deseando hincarte el diente y “cazado” no vas a ser lo mismo... Igual tus clases se resienten—añadió con tono antipático...

—No me digas eso que igual me pongo a temblar y esta cadera ya no se mueve igual... ¿Bailas o prefieres seguir activando el modo “mujeres hombres y viceversa? El rincón de los cotilleos es el del fondo a la derecha, guapa—dije, sin perder el ritmo y ni mucho menos la sonrisa...

Chicos, venga, no os vais a ver en muchas ocasiones como estas... En el baile latino será en el único sitio que llevéis la batuta vosotros y, ni siquiera la suegra podrá meterse, ¡esto es el paraíso terrenal y sensual! ¡Que se noten esas ganas!

—¡Jorge, repite otra vez, que yo no he pillado ese último! —dijo Alex, desde la última fila...

—¿Qué hago contigo? Así no te vendemos ni a la de tres y esa postura, un poquito de por favor... ¡Solo hay que echarle una mijilla de gracia! ¡Y eso va por todos!...

—¿Qué tal, Paula? ¿Cómo va la cosa? Venga vamos a darle... que no se diga...

—Cuando quieras y donde quieras—dijo, mordiéndose el labio...

—Pues eso digo, que aquí y ahora, a darlo todo...

—Aquí sería un poco atrevido, pero si me lo pides, tú lo habrás querido... —añadió con ganas de guerra...

—Yo estaba hablando de bailar, si tú quieres otra cosa, puedo darte algunos teléfonos, pero te advierto desde ya que el mío no está entre ellos—le dije al oído, con una tranquilidad pasmosa...

—Tenía otro concepto de ti. Se ve que la gente habla de más, no molas tanto como creía...

—Sí, sí, eso deben ser las malas lenguas. En realidad, soy un soso de cuidado—dije con la clara intención de que, si era eso lo único que buscaba en mis clases, lo encontrara en otro sitio...

No sé en qué momento empezó a pasar. He disfrutado toda la vida a tope del sexo, durante mis treinta y dos años, pero en los últimos tiempos notaba una corriente entre el personal femenino que parecía haber instaurado una especie de “barra libre” e iba a ser que no... No estaba en la labor, ¡solo faltaba que tuviera que prostituirme!...

—Hombre, ya está aquí otra vez la “fea”, ya me voy acordando de algo, te llamabas Ai... Ai... que no me acuerdo...

—Ai... tana mequetrefe y no disimules que lo sabes perfectamente...

—Puede ser...—dije, respondiendo con la misma expresión que lo había hecho ella el último

día...

—Poco original, te creía más...

—Como no te calles y bailes, no vas a ganarte que te dé un día una vueltecita en moto...

—¡No fastidies! Entonces ya me pongo formalita—dijo, con aire de no importarle un comino.

De nuevo estaba disimulando. Se le daba genial hacerse la interesante y a mí eso me ponía tela...

Incluso era la que más guardaba las distancias... Con mi sal y mi pimienta acababa de poner una bachata sensual “Propuesta Indecente” de Romeo Santos...

—Esto se baila, más cerquita Ai...Ai... ¿Ainhoa era no? Es que tengo una memoria fatal...

—Ya lo veo, ya, como todo lo tengas igual debes ser una auténtica joyita...

—No, creo que no es el caso, cuando quieras te lo demuestro...

—Venga, pues “cuando los sapos bailen flamenco” —contestó, guiñándome un ojo...

No voy a decir que, en mis muchos años dando clase de baile no me hubiera puesto muchas veces.

Sería mentir como un bellaco, pero aquello era distinto. No era un polvo lo que quería con Aitana.

Aquello era atracción y deseaba conocerla... más allá de un “lo que surja...”

—A mí me has reventado tío. Yo no sé si estoy hecho para esto...—dijo Alex al final de la clase.

—Por mis mulas que tú terminas bailando, ya lo hemos hablado... ¿No quieres ligar?

—Vamos, que te debes haber pensado que a cualquiera de los que empecemos a dar dos pasos, “como pollo sin cabeza”, nos van a hacer cola como a ti, figura...

—Tú sabes que yo tengo más vida aparte de follar, ¿no, compañero? Porque lo dices como si repartiera número, igualito que en la carnicería...

—Pues será porque tú no quieras... Y otra cosa te digo, si un día te hacen faltan refuerzos...

—“Aquí está el tío”, ¿no es eso lo que ibas a decir?

—Me asustas. Me conoces como si me hubieras parido...

—Intentaré formatear mi coco para eliminar esa aberración que acabas de soltar...

—¡Coño, ni que yo fuera un Gremlin!

—Pues más a menos, cojones... No se te puede alimentar después de media noche porque te dan ardentías, no se te puede exponer a la luz solar porque siempre estás acalorado, que “guardas más

el calor que una sopa de tomate” y nunca mojas... ¡Ay, me he equivocado, que no es así, que era que no se podía mojar, al bicho...!

—Un pedazo de bicho estás hecho tú, pero me da a mí que te van a dar un poco de morcillas esta vez porque en la que has puesto los ojos, parece ser un hueso duro de roer... Y “hablando del Rey de Roma...”

—Ai...Ai... que no me acuerdo, que estaba yo pensando que si te esperas te acerco un momento. Tengo aquí siempre un casco de repuesto...—le dije a Aitana, que acababa de salir del baño.

—No te preocupes. Primero que no me gusta ponerme un casco que haya pasado por la mitad de las cabezas de tus alumnas y segundo que me dan miedo las motos...

—Vaya, pues es una verdadera pena porque hubiéramos disfrutado mucho cabalgando, ¡ah y en la moto también! —dije con sorna no, sino con lo siguiente...

—Pues sí que lo es... también me dan miedo los caballos...—dijo. haciendo de darse la vuelta todo un arte...

—Bueno parece que la afición de las motos no vas a poder compartirla con ella, pero en otras coincidiréis—me dijo Alex.

—¡Ya caerá! A esta le quito yo el miedo, ¿qué apuestas? —continué diciéndole mientras terminaba de recoger.

Cinco minutos después, estábamos listos para salir cuando oímos un fuerte frenazo en la puerta. El piloto se quitó el casco...

—¡Si no lo veo no lo creo, es una fuera de serie! —dijo Alex...

—¡Chula la moto! Así que te daba miedo, ¿no? —le dije pensando “esa es mi chica...”

—¿Has visto?

—¿La llevas tú o te lleva ella? Porque esa es mucha máquina...

—No es esa la pregunta. La pregunta es, ¿has visto lo que soy capaz de tener entre mis piernas?

—¡Oído cocina, Aitana!

—Vaya, de repente hasta te acuerdas de mi nombre...

—Es lo que tiene... ¿Te veo el sábado?

—Pues no sé si me acordaré, porque resulta que tengo una memoria fatal—me dijo, poniéndose en marcha y acelerando como una bala...

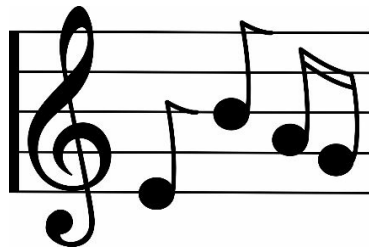
—Donde las dan, las toman, amigo....

—¡Es la bomba! ¡La quiero para mí!

—Pues prepárate porque parece que os tenéis declarada la guerra...

—Sí y por eso firmaremos con gusto la paz, en la cama...

Capítulo 2



El arreglo del sábado lo cogí con más ganas que nunca. El congreso era multitudinario. Vendrían muchos compañeros de todo Madrid y de los alrededores y siempre era un placer compartir nuestra pasión. También, naturalmente, estaría Valeria, mi pareja de baile en todo tipo de eventos y alguien que me conocía muy bien.

Nunca tuvimos nada porque respetamos aquello de “donde tengas la olla no metas la...”, aunque ocasiones no hubieran faltado a lo largo de aquellos años que sumaban cientos de congresos y actuaciones, y miles de kilómetros y horas juntos. De hecho, lo normal era ensayar de nueve a doce cada mañana de lunes a viernes...

Alex siempre bromeaba con el hecho de que, el día que yo tuviera pareja, debería tener claro que Valeria venía en el pack y algo de eso había, por lo que debería ser lo suficientemente abierta como para confiar en que su chico estuviera piel con piel con otra, en la intimidad de un estudio, día sí y día también. Suerte que Aitana no era de las que tuviera pinta de achantarse por eso, ni por nada... Pensaba en aquello cuando sonó el teléfono.

—A mí no me vayas a hacer sacar a ninguna a bailar, ¿eh? —fue lo primero que me dijo Alex

cuando lo cogí...

—Pues eso digo yo, que buenas noches, colega...—le contesté, riendo...

—No me vengas con gaitas, te lo advierto, como me pongas en un compromiso, cojo “las de Villadiego” y allí te quedas...

—¿Pero por qué tienes tanto miedo?

—¡Claro, es muy fácil hablar cuando se es “el rey del mambo”! Pero cuando te mueves como un pato mareado la cosa cambia, y uno tiene sentido del ridículo y una reputación que mantener...

—Un redicho es lo que es su señoría...

—¿Ya vas a empezar otra vez con el cachondeito?

—Anda, déjame un poquito, que hace mucho que no me doy el gusto...

—Vete a hacer unas pocas de puñetas, fenómeno...—me dijo mientras colgaba.

Y es que ahí, con ese aire de chico corriente y moliente, mi Alex era, nada más y nada menos que juez. Tenía un coco de esos privilegiados al que se le podía aplicar todo y más de lo que él dijera sobre mi movimiento de cadera... Después de cuatro años de oposición en los que solo le veía el pelo la tarde de los sábados, por fin había recuperado a mi amigo...

Eso sí, por su parte era mucho el tiempo de calle, de chicas y de diversión que tenía que recuperar y allí estaba yo, que me las pintaba solo para eso...

Sobre las diez pasé a recogerlo por su casa. Si alguien se merecía poder tomarse una copa, tranquilo, teniendo chófer de vuelta, ese era él. Por mi parte, iba a trabajar y ya hacía mucho que no bebía, así que todos contentos...

El evento comenzaba a las once y los presentes arrimamos el hombro para que, al abrir las puertas del local, dieran unas ganas locas de pasar una noche espectacular y de darlo todo en la pista...

—¿Cuántas coreografías de esas nuevas te has metido en la mollera para las animaciones? —preguntó Alex.

—Unas cuantas...—respondí...

—No sé cómo puedes....

—Capaz eres de decirlo en serio, ¿y me lo dices tú que te sigo capaz de vomitar cerca de...?

¿Cuántos temas decías que era esa locura por la que has estado preso cuatro años? —dije con fingido desprecio...

—Cerca de cuatrocientos, animal de bellota...

—Cuatrocientos chocazos me daba yo antes de estudiarme eso...

—¿Quién eres tú? Me quiere sonar tu cara—dijo Valeria al llegar a su altura. Te pareces mucho a un fistro de amigo que tenía este y que desapareció del mapa hace ya unos pocos de años...

—Anda que no eres exagerada, si nos hemos visto en algunas ocasiones en ese tiempo...

—Sí, es verdad, en un par de Nocheviejas y en los cumpleaños de aquí “el prenda” de nuestro amigo común...—le contestó Valeria mientras me daba un pellizquito en la cara...

Les dejé poniéndose al día mientras ayudaba a colocar unas mesas en las que se iban a realizar un sorteo de unos zapatos de baile y algunos otros complementos a cierta hora de la noche.

—Me ha dicho un pajarito que igual viene una invitada especial esta noche, ¿es eso cierto? —me preguntó Valeria mientras comenzaba a calentar un poco...

—Un cotilla y un poco entrometido es ese pajarito.

—Sí, pero te vuelvo a repetir lo que te he dicho siempre: Alex tiene su punto, rollo intelectual. Y ahora con esas gafitas, ¡está monísimo!

—Sí, sí, salido como un mono. Eso te lo garantizo. Si te gusta ataca, que seguro que te llevas esta noche el premio gordo.

—Eso es, guapo, así se hace. Es lo que más me gusta de ti, que eres purita sensibilidad...

—A ver, a cada uno le pega lo que le pega, ¿tú me ves a mí escribiendo poemas románticos? Yo soy un empotrador nato, la sangre hierve por mis venas nena, ya lo sabes...

—Lo intuyo, lo intuyo, aparta anda y tómate algo fresquito que a este paso me quemas cuando tengamos que bailar...—dijo apartándose y acercándose a otros compañeros...

—Esto es como una gran familia, tío, mola mucho... Siempre te lo he dicho, es un ambientito que tiene algo, como muy liberal y desinhibido... ¿Tú te ves sentando cabeza? —preguntó Alex.

—Igual sí, pero ni se te ocurra ir aireándolo antes de tiempo, que yo también tengo una reputación que mantener. Tú sigue distrayéndote con el culo de Valeria que, como sigas mirándolo así, se te

van a salir los ojos de las órbitas y te van a sobrar hasta esas gafas de empollón...

—¿Qué les pasa a mis gafas? ¿Tampoco te gustan? Pero ¿tengo yo algo que te mole? —preguntó Alex...

—Pues no, porque necesitas “como agua de mayo” que aquí tu amigo “el figura” te lleve de compras y le demos “una mano de chapa y pintura” a esa apariencia tuya... ¡que parece que te siga escogiendo la ropa tu madre! Huy tu madre he dicho, quería decir tu abuela...

—¿Qué te está diciendo el degenerado este? Tú ni caso, ¿eh? Que está muy subidito desde que se ha hecho empresario...—interrumpió Valeria.

—¡Y un huevo! Todito te lo consiento menos eso, guapa, ¡yo sería toda mi puñetera vida el mismo así estuviera podrido de dinero!

—Ya sabes que te lo digo con amor y cariño, que no puedo vivir sin buscarte la lengua, anda...

—Muchas ganas de guasita tienes tú, ¿no estás un poco más gorda? Es que me ha dado la impresión esta mañana al cogerte que pesabas por lo menos dos o tres kilos más...

—Tres puñetas son las que se le perdieron al borrico, las patas cuatro y el rabo cinco—contestó ella, indignadísima... ¡Yo no he cogido ni un gramo!

Mil veces que lo hiciera, mil veces que picaba. No había nada en el mundo que le tocara más las narices a Valeria que el hecho de que le dijera que estaba más gorda. Sacabas las uñas y era capaz de arañar...

—Pierde cuidado que estás, estás...—comenzó a decir Alex cuando de repente se quedó pillado...

—Arranca ya la moto, bonito de cara, ¿Qué estoy cómo?

—Pues que contigo rompieron el molde, chiquilla, eso es lo que quería decir...

De toda la vida había pasado lo mismo. Aunque Alex no es que fuera la alegría de la huerta ni el más lanzado del mundo, lo cierto es que de vez en cuando sí se soltaba la melena y se lanzaba con alguna chica, pero con Valeria era distinto.

—Ahora que ya no nos escucha, ¿me lo puedes explicar por favor? Es que todavía sigo sin entenderlo...

—¿Qué tengo que explicarte?

—¿Qué va a ser? Lo que pasa por tu cabeza siempre que vas a hablar con ella, que parece que te quedas engollipado y no te salga una palabra...

—Que me impone, leche, me impone un montón. Me ha pasado toda la vida y me sigue pasando. No puedo evitarlo...

—Y yo te repito que tú estás enamorado hasta las trancas de ella, aunque creo que es la enésima vez que te lo digo y ahora es cuando me dices que ni de coña y me aburres con tu verborrea para intentar hacer lo blanco negro. Así que ya paso...

—Alex, tío, ya son las once, ¿me ayudas a abrir? —me preguntó Hugo, un compañero cubano al que le tenía gran cariño, porque era una de las personas de las que más había aprendido a sacarle el jugo a la vida...

—¡Joder! ¿Qué regalamos?—le pregunté mientras, según levantábamos la baraja, veía cientos de pies en la calle...

La avalancha fue impresionante. Nos tuvimos que quitar de en medio porque había algun@s que entraban como si vinieran huyendo de un tsunami. Aquel día era entrada libre y, aunque cuando cobrábamos el éxito también estaba asegurado, en aquella ocasión fue apoteósico.

—Tú ahora no te pongas a buscar a tu muñeca Nancy entre la multitud y ven a darle un poco al último paso ese que me salía un poco medio regularas esta mañana...—dijo Valeria con su característico tono ácido, pura fachada, ya que en el fondo era todo corazón...

—¡A exigente no hay quien te gane! ¡Pobre del que intente contentarte a ti niña! ¡Va a ir de culo y cuesta abajo! —añadí mientras iba sintiendo la adrenalina del baile y ponía la mano en el fuego porque la noche sería de vicio....

En cuestión de minutos volví a hacer de relaciones públicas. Así es mi trabajo y es una parte que también mola. El reencuentro con la gente que lleva siguiéndote años siempre es gratificante y comprobar sus avances también.

—¡Vaya culo bien puesto! —dijo Paula desde lejos...

Hasta ese momento no las había visto. Junto a ella estaba Aitana, atusándose un poco el tupé de la

cola alta que traía y que el casco le había aplastado.

—No hace falta que te peines niña, que ya te despeino yo luego— dije mientras la apartaba un poco...

—No sabía que ahora eras estilista. Muy completo me pareces tú...

—Yo soy lo que tú quieras que sea—dije, con ganas de comerme la noche y a ella... —Por cierto, esos pantalones de cuero te sientan de miedo. Deberían estar prohibidos, así no va a haber quién se concentre esta noche... Y no lo digo solo por mí, que también...

—Bueno, pero tú eres profesional, vamos que tienes muy claro que bailar es solo eso, no te pones ni nada cuando bailas con una chica, ¿no?

—Hay excepciones, bonita y tú eres una de ellas... ¿Firmamos la paz o qué?

—Puede—dijo ella....

—Yo no es por fastidiar, pero te lo robo un ratito. De todos modos, no te preocupes que solo es para el número y te lo devuelvo, que yo no me quedaba con este, ni así me pagaran su peso en oro

—le dijo Valeria, tirándome del brazo...

—Espera, bestia y anda que me vendes bien, la vas a asustar—dije— Os presento, ella es Valeria, mi compañera de baile, pura dulzura y ella es “mi chica”—dije, sin pensarlo dos veces...

—¿Le pegas tú o lo hago yo? —dijo Aitana, al escuchar lo de “mi chica...”

—Tú dirás lo que te dé la gana, pero te he hecho reír y eso es un paso...—dije, mientras me apartaba en dirección a la pista...

La noche estaba siendo especialmente divertida. Miles de caras conocidas, buen rollo por doquier, varias animaciones y coreografías y docenas de canciones bailadas con mis alumnas y también con algún alumno, que ya era hora de que dos chicos pudiéramos bailar sin cientos de chismes alrededor... Pero siempre con la mirada puesta en Aitana.

—¡Tú no te libras! — dije—Ven anda...

—Yo, después de ver cómo lo hacéis Valeria y tú ni lo intento... Me he deprimido—dijo, quitándose por primera vez aquella careta de chica dura, distante e indiferente que solía tener puesta...

—Eso es una tontería. Nosotros vivimos de esto... En mi caso es lo único que se me da bien. Sin embargo, no creo que tú te plantees vivir del baile a estas alturas de la película. ¿Qué es lo que sabes hacer? —pregunté, sin segundas...

Lo que me dijo al oído me hizo temblar entero. Era diferente, era única, era una especie de pantera negra que me cautivaba y había feeling. Con aquellos pantalones de cuero, blusa de encaje negra de cuello alto, sin hombros y transparencias que dejaban ver su ropa interior negra, su negro pelo recogido en aquella alta coleta y sus labios rojo pasión, estaba absolutamente deseable...

—Bueno, en esta ocasión lo preguntaré de otra manera, ¿a qué te dedicas?

—Soy piloto...

—¿Piloto? ¿De aviones?

—No, de motos...

—Sí, hombre y yo astronauta. Justo en un ratillo me llamarán de Houston porque seguro que tienen algún problema... Ahora en serio, porque era broma, ¿no?

—Me temo que no—dijo—¡Y luego dicen que hay igualdad! No me han creído a la primera en la vida...

—Es que reconoce que ya te has quedado conmigo más de una vez...

—Por ahí te vas a salvar. En eso tienes razón, pero soy piloto. Mi vida no es demasiado convencional: mucho viaje, tela de entreno, estrés a punta de pala antes de las carreras...

—¡Hostia! Te entiendo. Mi trabajo tampoco es el colmo de lo convencional... ¿Y por eso estás sola?

—¿Sola? ¡Joder mira a nuestro alrededor, si aquí hay más gente que en la guerra...

—Tú ya me entiendes...

—No estoy exactamente sola, o sí. Bueno no tengo ni idea, en realidad no...

—Me dejas en ascuas, dale...

—Bueno, estoy en proceso de divorcio o casi, no sé...

—Pues si no lo sabes tú, ¿estamos apañados!

—Me casé hace un par de años. Él también es piloto, es alemán y me temo que ...

—¿Qué el príncipe te salió rana?

—No exactamente, pero no ha sido tampoco para comer perdices...

—¿Y eso?...

—Primero por compartir profesión. Nos ha pillado el tirón de los años más fuertes y coincidir los dos en casa era una auténtica odisea...

—¿Y segundo? Porque si has dicho un primero es también porque hay un segundo, aunque por mí si quieres pasamos directamente al postre... Disculpa es broma...

—Pues lo segundo es que es alemán y yo creo que esto también ha influido. Parece que no, pero al final, no es lo mismo... Y encima vivíamos allí, en un pueblecito precioso, Cohem... pero...

—Pero chiquilla, que por muy bonito que sea el pueblo allí tiene que hacer más frío que en la comunión de un pingüino...dije, riendo...

—Más o menos... Y él, pues tampoco es que fuera unas castañuelas de alegre y al final me empezó a pesar todo...

—Tú quédate por aquí que te va a ir mejor, ya lo verás. Me da a mí que no va a faltar quien te cuide...

—Ya, lo que pasa es que tampoco es fácil... todavía... Ya sabes de qué van estas cosas, estamos como en un kit-kat...

—¿Pero tú no has escuchado eso de “que la mancha de la mora con otra verde se quita”?

—Y si encima se menea como tú antes, ¿no?

—A ver, pues está mal que yo lo diga, pero sí...—dije con gracia.

—Jorge, las niñas te echan de menos, ¿les haces un poco de caso o las rocío con el extintor?

Porque me da a mí que más de una está ardiendo. Haz ver que te importan hombre o alguna se nos tira de la azotea—dijo Valeria, devolviéndome a la realidad.

—Ya voy, ya voy...

—Ofú, me da a mí que a ti Cupido no te ha lanzado una flecha, te ha ensartado...—me dijo

Valeria, mientras volvíamos a alternar con el público— Disimula anda, que hay más de dos que

“si la envidia fuera tiña...”

—¿Y tú? Anda que tampoco te miran...—dije, tratando de esquivar el tema.

—Hombre, es que el día que no lo hagan, no pongo un pie más en un sitio de estos...—añadió ella, a quien le llenaba como a nadie causar suspiros a su paso.

La noche pasó entre bailes, risas, reencuentros y abrazos... Y, en un plis plas ya eran las cuatro. Hora de cerrar y de seguir la fiesta, ¿o no? Me había quedado un poco rallado con lo de su situación, pero había que seguir echándole gracia al asunto y una buena dosis de cara...

—¿Morena en tu moto o en la mía?

—¿Cómo?

—¿Qué en cuál de las dos niñas nos vamos? Porque nos vamos juntos, ¿no? O tienes mejor plan...

—Su sonrisa era de confirmación por lo que mi vocecilla interior gritó un “yujuuuuuu” que me retumbó dentro de la cabeza...

—Espérate que recojo y me echo un piti en la puerta que estoy...

—¿Un piti? Si quieres venirte conmigo, ni de coña...—me dijo, de lo más seria...

—¡Venga ya!...

—Es lo que hay. Yo no beso ceniceros...

—Me va a costar la misma vida, pero el premio lo merece...

—No te las prometas tan felices. La verdad es que no sé si voy a tener el cuerpo para jarana, pero necesito un abrazo, ¿usas de esos?

—Alguno que otro se me puede escapar de vez en cuando, pero no se lo cuentes a nadie...

—¿Dejamos la tuya aquí y la recogemos mañana? La metemos dentro y estará segura...

—Estás de broma, ¿no? Metemos la tuya...

—¿Y eso?

—Porque lo que me estás proponiendo es como si te digo que tu clase de baile del martes la doy yo, zoquete...

—Flipo, pero visto así, tengo que darte la razón. Nunca he ido de paquete con una mujer. Espera que miro si tengo al día el seguro de...

—¡Más tonto y no naces! En tu puñetera vida te has visto en otra igual, reconócelo...

Y tuve que reconocerlo. Todo lo que hacía o decía me resultaba morboso y, bebernos las calles de Madrid a lomos de su moto, fue un verdadero gustazo...

—¿Estás nerviosa, bonita? —pregunté cuando se instaló cómodamente en mi cama.

Me inspiró mucha ternura. Definitivamente, aunque era una chica con mucho temperamento y personalidad, estaba allí sentada encima de mi cama, con una camiseta de las que me ponía para estar por casa y acurrucada con una manta... Parecía más necesitada de cariño que de sexo... y yo estaba deseando servirle de ayuda...

—No, bueno, es que tengo frío—dijo.

—Pues ven que te doy calor, anda—añadí, poniéndome tras ella y dándole un fuerte de abrazo.

Sentado allí, con Aitana entre mis brazos, susurrándonos lo a gusto que estábamos y contándonos anécdotas de nuestra vida, quedaba patente que estábamos intentando conocernos y hacer, de aquel momento, el comienzo de una bonita historia...

Tuvo que pasar una hora para que nos diéramos cuenta de que también podíamos deshacer la cama y meternos en ella.

—¿Te parece si...?

—Bueno, pero mucho me temo que no voy a cumplir tus expectativas—dijo, todavía un tanto temblorosa...

—¿Qué sabrás tú de mis expectativas, pequeñaja! —dije en el más cariñoso de los tonos...

—A ver, no hace falta ser Premio Nobel para saber que esperas...

—¿Qué espero, listilla?

—Pues fiesta... Y yo todavía estoy demasiado confusa. De hecho, si te soy sincera, creo que no debería estar aquí. Tengo la sensación de estar poniéndole los cuernos a Damián...

—¿A quién?

—A Damián. Mi marido, se llama Damián...

—Joder! ¿Damián no es el niño ese de la película de miedo, el de “La Profecía...”?

—No te metas con él, anda...

—No era mi intención. Es más, si te soy totalmente franco, me es completamente indiferente.

Quien me interesa eres tú... Y no por follarte. Bueno a ver, no me subestimes—dije, riendo—Que tú estás más buena que el pan, pero que no tenga prisa. Simplemente quiero estar contigo y que las cosas sucedan con naturalidad cuando a ti te apetezcan...

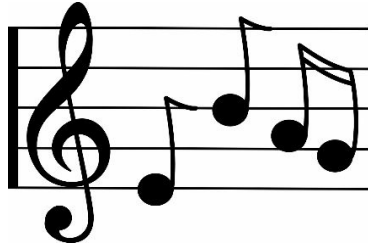
No me dio tiempo a decir nada más. Aitana acabó mi frase con un apasionado beso que me hizo “rozar el cielo con las manos”. Creo que debimos estar besándonos lentamente durante cuatro o cinco minutos. Solo sé que perdí la noción del tiempo y del espacio y que me dio para pensar que, con besos como ese, me sobraban el resto...

—¿Y ahora, me vuelves a dar ese abrazo y podemos dormir un poco? —me dijo.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa...

Ella cayó rendida antes que yo. En la penumbra de la habitación, mi corazón palpitaba fuerte y me resistía a dejar de mirar aquella silueta que sostenía en mi regazo... Pensé que, si la felicidad completa existía, debía parecerse mucho a aquel momento...

Capítulo 3



—Buenos días, ¿cómo ha dormido la señorita? —pregunté a eso de las nueve de la mañana. El sol hacía rato que entraba por mi ventana y anunciaba que merecía la pena levantarse y exprimir la mañana con ella. ¡Ojalá no tuviera otros planes!

—Pues créeme si te digo que he dormido de maravilla. Ya no recordaba lo que era eso...

—Me alegra saberlo y si yo he tenido algo que ver, me alegrará todavía más....

—¿Tú que crees, feo?

—Que eres una copiona y que te creía más original—le dije, dándole un almohadazo y sacándole la lengua.

—Saca otra vez esa lengua y la pierdes...

—¡No eres capaz!

Yo debía ser masoca porque en el fondo la creía capaz de eso... ¡y de cualquier cosa!

—¡Quita fiera! Chiquito bocado me he llevado en la lengua...

—El que avisa no es traidor—me dijo, en tono provocativo...

Estaba increíble con su tanga negro, mi camiseta blanca amplia y mis calcetines de andar descalzo, los más calentitos que tenía... El pelo alborotado era el colofón final...

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En que, si anoche brillabas con luz propia con tu look motero y tus labios rojos, ahora estás todavía más bella al natural...

—Bueno es saberlo... eso me tranquiliza—añadió divertida, aunque con gesto de que el

comentario le había encantado...

—¡Y a mí también! —dije riendo—Que con tanto vídeo de estos de las youtoubers chinas que se tunean y después son “más feas que mandar a la abuela a comprar droga”, uno ya se duerme acojonado...

—¡No tienes tú que tener peligro ni nada!

—Anda ya...

—Di la verdad, tú no eres hombre de una sola mujer, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo acabo de salir escaldada de una relación y no quiero “salir de Guatemala para meterme en Guatepeor”, entiéndelo... He estado muy a gusto, mucho, esta noche, pero precisamente por eso no quiero... Debo irme...

—¿Tengo derecho a la presunción de inocencia o ya me has juzgado?

—No, lo siento, claro, yo nunca te juzgaría...

—Pues entonces no lo hagas...

—Si me vas a preguntar si, cuando no tengo pareja, hago de mi capa un sayo, la respuesta es sí, pero cuando me enamoro de alguien, la cosa da un giro de ciento ochenta grados... Si estás con una persona es para quererla, compartir momentos impresionantes y sumar, siempre sumar... Para ir restando con infidelidades, siempre hay tiempo. Antes de eso se habla y se adquiere carta de libertad...

—Esas palabras son muy bonitas y me encantaría creerlas, pero entiéndeme... yo estoy muy susceptible y tú tienes un trabajo...

—¿Qué le pasa a mi trabajo? —pregunté, sabiendo perfectamente la que me venía encima...

—Pues que estás todo el día rodeado de mujeres y te saltarán encima como...

—¡Claro, no ves los arañazos que tengo! Y la escoba que tengo allí en la academia, esa grandota, es para dar escobazos y quitármelas de lo alto...

—¡Eres más bobo...! Tú, quítale el hierro que quieras con el cachondeito, pero las debes tener a pares...

—Vamos por partes, preciosidad. Lo primero, que ya hemos visto, no voy buscando un polvo, ni tú tampoco. Para eso ni tú ni yo tenemos problemas. Si solo es follar, damos una patada y la cola llega hasta la Puerta del Sol, pero llega un momento en que esa situación te quema más que la moto de un hippie...

—¿En serio me lo dices?

—Claro, Aitana. Todos tenemos nuestro corazoncito y eso de levantarte cada domingo en una cama distinta y luego pasar el resto del día solo por ahí, con tu moto... ya pesa... Yo también quiero alguien con quien acabar el finde en el cine...

—¿Y lo segundo?

—Lo segundo es que me voy a cagar en todo lo que se menea, encanto, ¡mira quién fue a hablar de trabajo rodeado de gente del otro sexo! Mi niña, la que tiene el trabajito más normal del mundo, con su uniforme de recepcionista de clínica dental de ocho a tres, ¡vamos, anda, no me hagas reír! Si seré yo el que me terminaré subiendo por las paredes...

Rio con ganas y el sonido de su risa me envolvió...

—Tienes toda la razón y además yo no soy así. No soy ninguna celosa patológica ni nada de eso. Es solo que me has cogido...

—En horas bajas, ya lo sé, pero esas tonterías te las quito yo en un santiamén...

—Ven para acá anda, de santo, tienes que tener tú muy poco...

—Y mejor así baby, que ya se sabe que “santo que mea...maldito sea...”

Nos estuvimos besando y acariciando unos minutos. Yo estaba en ropa interior y, cómo no podía ser de otra manera, la naturaleza manda...

—No me habías contado que te estabas preparando para bombero—me dijo, con el modo guasita activado.

—¿Para bombero? ¿Qué dices locuela?

—Joder, como tienes la manguera ahí preparada, ¡a ver qué quieres que piense!

—Mírala ella que graciosa... No me busques la lengua anda, que una cosa es que esté dispuesto a esperar y otra que me tienes más caliente que el cenicero de Sabina...

En ese momento sonó su teléfono y su semblante cambió.

—Jorge, tengo que cogerlo. Me resulta un tanto embarazoso. Es Damián...

—No te preocupes, por favor. Olvidaré lo que escuche, como si no estuviera aquí. De hecho, me voy si quieres...

—No, por favor, no hace falta...

—¡Y tanto que no hacía falta! Yo no había caído en aquello. ¡Parecía que estaba poseída! Hablaban en alemán. Desde luego Aitana era una cajita de sorpresas.

—Lo siento ya está—dijo un tanto apurada cuando colgó, dos minutos después...

—Yo sí que lo siento. De haberlo sabido, hubiera traído un cura...

—¿Qué dices, puñetero? Alguna de las tuyas, que ya te voy conociendo...

—Tú sabes, para cuando empieces a bajar las escaleras al revés y eso, como “la niña del exorcista”. Es un idioma endiablado, ¿cuándo lo aprendiste?

—Bueno, tengo oído para los idiomas... Cuando me instalé en Alemania apenas hablaba una palabra. Al principio fue complicado. Paula estuvo conmigo las primeras semanas. Luego se volvió. Decía que no aguantaba el carácter de la gente, el frío...

—No me extraña...

—Es que ella es muy visceral. Yo en unos días me lancé a hablar un poquillo. Tú sabes, lo típico, pedir una barra de pan y cosas parecidas... Luego le preguntaba cómo había sonado y su respuesta siempre era la misma: “Yo creo que bien, suenas como ellos, vamos como si te metes un polvorón en la boca y dices Zaragoza...” Es un caso...

—Bueno y... ¿es mucho preguntar qué quería Damián?

—Lo normal, si yo había tomado alguna decisión y eso...

—¿Y?

—Pues sí, que acabo de decidir que estaría bien salir a desayunar, ¿nos vamos a la sierra?

—¿Lo dices en serio?

—Claro... ¿por?

—Porque es justo lo que te hubiera preguntado si no hubiera sentido miedo de que pensaras que

quiero acapararte...

—Hagamos un trato...

—Diga melón...

—No pensar nunca en lo que le parecerá al otro antes de hablar, quiero 100 de transparencia y 0 de estrategia...

—Trato hecho. No hace falta que te pregunte en qué moto vamos, ¿verdad? —pregunté, haciéndome el resignado...

—Te lo puedes ahorrar, vas a entrar en otra dimensión chaval...

Y entré. Aitana cogía las curvas de una forma que, aun siendo yo motero de toda la vida, me ponía los huevos de corbata. El caso es que cuanto más aceleraba ella su impresionante máquina más me excitaba yo y mucho me temía que le iba a dejar “la manguera” marcada en el culo...

—Te vas quitar el sombrero—dijo, cuando por fin nos sacamos el casco, ante un precioso mesón cerca de Buitrago de Lozoya...

—Lo que me voy a quitar es el caso, ¡bonito sitio, por cierto!

—El mismísimo paraíso chaval, yo aquí me pierdo... ¿sabes? Mis abuelos eran de este sitio y yo pasaba todos los veranos con ellos. Me conozco la Sierra de Guadarrama como la palma de mi mano...

—Y la carretera, y la carretera... también la conoces...

—¿Te he acojonado? A ver, que yo me entere, ¿eso es porque soy mujer o porque...?

—Porque coges las curvas que, si no fuera porque no tengo narices de moverme, me santiguaba tres veces...

—¡Anda ya, cagadillo! Así mola, la vida es riesgo...

—Pues eso es lo que quiero yo, vivirla... si no te molesta—le dije, guiñándole un ojo.

—Me encantaba buscarla y encontrarla. Y desde luego que ella entraba al trapo que daba gusto.

—Vamos a desayunar aquí, que hay unas vistas de “escándalo”, como tu academia...

—Y luego nos oxigenamos un rato en la sierra, ¿no?

—Claro... Y después te voy a invitar a comer a un asador que ponen un cochinillo y un cabrito de

chuparse los dedos...—me dijo, entusiasmada...

—¿Y tiene que ser algo que antes haya estado vivo? Es que lo siento, pero por ahí no paso...

—¿Eres vegetariano?

—Casi. Soy vegano, pero vamos que ya me apaño con la carta y tú te comes un cabrito o dos si quieres...

—Tú sí que eres cabrito...

—Al paseo no le faltó ni un perejil. El día acompañaba y había ganas de charlar, de caminar, de saltar, de brincar, de sortear piedras y de todo lo que tuviera que ver con estar con el otro.

Nos paramos en la orilla del río y ella se reclinó. Se notaba que estaba en su salsa en contacto con la naturaleza y parecía mucho más relajada por momentos. Al levantarse, no me percaté de que llevaba agua en sus manos y me la echó en toda la cara. ¡Estaba helada!

—Eres una bicheja traicionera—le dije mientras echaba a correr tras ella.

—Bicheja, todo lo que quieras, pero traicionera, puedes jurar que no... No quiero jugar a dos bandas, va contra mis principios. Tengo que tomar una decisión ya...

Cuando se aproximó la hora del almuerzo, propuso cambio de planes.

—Nada de asador. Mucho me temo que no van a tener tofu ni nada de lo que sea que te metas entre pecho y espalda... Si quieres vamos a tapear a un sitio y...

—Comprobado tu nivel condescendencia e implicación con la otra persona...

—¿Cómo?

—Que me he quedado contigo, Ai...Ai... Aitana, que no me acordaba—dije recordando la vieja broma de los primeros días...

—¿Entonces no eres vegano ni...?

—Ni nada que se le parezca. Me gusta más un asado que a un tonto un globo, pero gracias a eso, ya te conozco un poco más...

—¿Y qué conclusiones has sacado?

—Pues que eres tolerante y no has pretendido convencerme con el discursito de que una alimentación mixta es más sana y que además eres capaz de cambiar planes en pos de que la otra

persona esté a gusto también...

—Vamos que soy un tesoro, ¿no?

—Más o menos y además que...

—¿Qué? No me dejes tú a mí tampoco en ascuas, hombre...

—Pues que, como todo tesoro, estás envuelta en un halo de misterio, que seduce...

La preciosa sonrisa que me regaló también seduciría hasta un muerto. Volvía a ser la chica segura que conocí en la academia, pero que me hubiera permitido compartir con ella durante la noche sus miedos y dudas, sin escudos ni máscaras, me hacía albergar esperanzas...

—¡Madre mía, este asado está impresionante! ¿No te parece? —preguntó.

—Me parece, me parece...

—Veo que te gusta comer...

—¿Cómo no! Es uno de los grandes placeres de la vida, ¿no crees?

—Creo, creo... ¿Junto con cuáles más?

—Pues junto con montar en moto y...

—¿Y?

—Y el sexo... Aunque ese último se me está hasta olvidando...

—No te preocupes que yo me encargo de recordártelo en cuanto te apetezca...

—Si fuera cuestión de apetencia, tendrías que hacerlo ahora mismo aquí, encima de la mesa y lo sabes igual que yo. Otra cosa es que necesite tiempo y aclarar ideas para...

—Para no sentirte mal y lo entiendo. Ahora soy yo quien te propone un pacto. Duerme conmigo siempre que te apetezca, sin pensar en que espero nada más y no me prives del placer de poder abrazarte cuando lo necesitas...

Pude ver cómo las lagrimillas querían hacer acto de aparición en sus ojos. Aitana era una deliciosa mezcla entre una guerrera y una niña necesitada de mimos que me embaucaba más por momentos...

Al caer la tarde, volvimos a mi casa. El trayecto de vuelta fue mucho más sereno y relajado. No podía negarse que hacía virguerías con el manillar. Llevaba la moto como le daba la gana y

estaba majestuosa. Era la reina de la carretera y empezaba a ser también mi reina de corazones...

—Voy a recoger mis cosas...—dijo, cuando llegamos. Ayúdame porfi, que soy un poco maniática y no me gusta que se me quede nada...

—¿Y si te dijera que no quiero que te lo lleves todo?

—Pues te dejo mi tanga, si quieres, si eres uno de esos fetichistas...

—Quiero más...

—Pues mi chupa de cuero no te la puedo dejar. Se siente...

—No te hagas la tonta... Quédate, por favor. No se me da demasiado bien pedir estas cosas. Es más, no las he pedido nunca, pero tú no quieres irte y yo no quiero que te vayas. Los dos lo sabemos...

—Por toda respuesta, volvió a besarme....

Preparamos una ensalada para cenar y vimos una peli, “Resacón en Las Vegas”. Me pidió que eligiera una que le hiciera reír y pensé que era la que venía que ni pintada...

—¡Ay que me duele todo de desternillarme! —seguía diciendo mientras comía palomitas y se dejaba acurrucar en el sofá... ¡Me parto!

—Me alegra haber acertado. Pues que sepas que tiene parte dos y tres...

—¡Hay que verlas!... —dijo, entusiasmada...

Y si no las hubiera habido, sería cuestión de inventarlas porque yo no quería perderme esa risa, ni la posibilidad de compartirla con ella...

Cuando la peli terminó, empezamos a besarnos. Se me hizo la boca agua cuando vi que se iba quitando la camiseta y me dejó ver su precioso sujetador bajo el que se adivinaban dos poderosas razones que puso a mi hermano de abajo como una piedra...

—¿Estás segura de querer hacerlo? Te he dicho que espero y lo haré...

—¿Tengo yo pinta de hacer algo que no quiera?...

—Ninguna...

—Pues entonces, ¡deja que fluya!

—Vamos a la cama, cariño, estaremos más cómodos, quiero disfrutar cada centímetro de ese

increíble cuerpazo...

—Ni te muevas...—añadió.

Suerte que la mayor inversión que hice en mi casa fue en el sofá. Me compré uno de esos enormes y cómodos con una amplia chaise longue que nos sirvió de improvisado nidito de amor...

—Tienes la piel de gallina, mi niña... ¿Es frío?

—No, es... Más bien, son... ganas...,

Aquello sí que me puso como una moto y en esta ocasión caía al pelo. Terminé de desnudarla lentamente y ella hizo lo propio conmigo. Nos recreamos el uno en el cuerpo del otro. Besos, lametones, caricias... Un festival erótico que nos llevaría al séptimo cielo...

Tumbada boca arriba, seguí besándola mientras una de mis manos acariciaba sus pechos y la otra iba dirigiéndose poco a poco a su monte de Venus, que anunciaba humedad a raudales. Comencé a abrir sus labios cuando, entre tanta sensación ardiente, toqué algo frío...

—No es la primera vez que pienso que eres una cajita de sorpresas, pero te superas por momentos

—le dije, mordiéndome el labio de lo morboso que me resultaba el asunto...

—Tú no tienes ningún piercing, por lo que veo...—añadió ella.

—No, yo con mis tatoos he tenido bastante, pero este tuyo mola y va a dar mucho juego...

—Esa es la idea...

Su piercing estaba alojado en el mismo clítoris. Nunca había estado con una chica que lo tuviera ahí, sí en otras partes de los genitales, pero no en el mismísimo...

—¿Nunca te habías topado con uno de estos? —me dijo, juguetona.

—Tan bien puesto en el sitio justo, va a ser que no...

—Pues me pone mucho lo de ser tu primera vez en algo...

La excitación de ambos se incrementaba por momentos. Mis dedos comenzaron a entrar solos en su cavidad en un frenesí incontenible en el que no había lugar para la espera...

—¿Voy demasiado rápido? Quería ir más lento, pero es que eres demasiado deseable...

—¿Me lo dices en serio? ¿Crees que me va a asustar la velocidad, en nada? Cuando tomo una decisión lo hago con todas las consecuencias y lo vivo como si no hubiera mañana...

—¿Eso quiere decir que...?

—Que me quedo contigo salsero—dijo, mientras sus palabras comenzaban a confundirse con sus gemidos en un delirio que no tardó mucho más en provocarle un intensísimo orgasmo...

Mi emoción al escuchar aquello que llevaba horas ansiando con todo mi ser fue tal que no tardé ni un segundo en ponerme un preservativo y, levantándola, penetrarla con una fuerte embestida que, para ese momento, ya Aitana pedía a gritos...

Sus piernas alrededor de mi cintura, sus senos con los pezones duros como rocas dando contra el mío y sus manos acariciándome fuerte por todo el cuerpo mientras ahogábamos las palabras con ardientes e interminables besos, hicieron que el fin llegara en forma de fuegos artificiales en los que las sensaciones se dispararon...

—Hemos terminado al mismo tiempo—dijo, absolutamente complacida...

—De haber podido, hubiera solicitado una prórroga porque no quería terminar, amor. Estar dentro de ti, ha sido... no tengo palabras...

—Yo también deseaba con toda mi alma tenerte dentro y que apagaras mi fuego con ese pedazo de manguera tan bien puesta que Dios te ha dado... —dijo ella, con unas ganas de diversión tremendas...

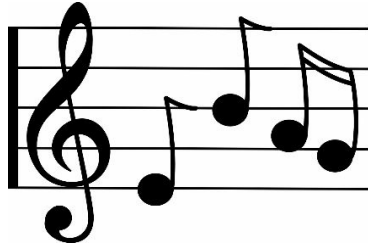
—¡No jodas! Al final me vas a sacar los colores y todo...

—¡Claro, como que yo me chupo el dedo y me voy a creer que eso no te lo han dicho cientos de veces!

—Alguna que otra, pero nunca nadie de quien me apeteciera tanto escucharlo. Y esa es la verdad verdadera... Aparte te cuento, hacerlo contigo ha sido fascinante, estar a otro nivel, creo que me explico, pero si me tengo que quedar con algo de lo que ha pasado aquí, me quedo con el momento en el que me has dicho que ya estamos juntos...

Esa noche, ninguno de los podíamos dormir. Pasaron varias horas antes de que ella cayera en los brazos de Morfeo y aun así yo seguí un rato más, recreándome con su imagen en la penumbra de mi dormitorio, que ahora era nuestro...

Capítulo 4



El lunes amanecí pletórico. A las ocho, ya estaba duchado y preparándole el desayuno mientras se duchaba...

—¡Hoy nada de café, por favor! —me dijo desde el baño...

—¿Y eso?

—Comienzo entreno con mi nuevo equipo y, aunque será bastante light, mis nervios tienen que estar totalmente templados y el café me sigue alterando un poco. Nunca he tenido demasiada tolerancia a la cafeína...—me dijo, mientras salía a mi encuentro...

—¿Te gusta el mejunje este, la leche de nueces con omega—3?

—¡Sí, has dado justo en el clavo! Me flipa...

—Con el clavo te daba yo otra vez, pero habrá que esperar a la noche o no llegamos... Yo también tengo ensayo con Valeria: tres horas todas las mañanas de lunes a viernes.

—Parece muy avispada y es un cañonazo—dijo.

—¿Sí? Pues no me había dado cuenta—dije, con zalamería...

—¿Y ella? ¿Tiene novio...?

—No, no tiene. Es un tanto extraña para eso. Un alma libre, supongo... Aunque siempre está tonteando a tope con unos y con otros, lo cierto es que no le he conocido a nadie fijo nunca. En ese sentido, es más rara que un perro amarillo...

—Pero no es lesbiana, ¿no?

—No, yo creo que lo que le encanta es el jugueteo con todos a la vez...

—¿Y es mucho preguntar si contigo ha querido jugar en alguna ocasión? —preguntó sin malicia, en tono divertido...

—Puedes estar bien tranquila. Nunca nos hemos tocado un pelo más allá del baile. Por fuerza, nuestras coreografías tienen que ser cien por cien insinuantes, pero quedan en el escenario...

—Mejor así, mejor así—añadió con risita maléfica...

—¿Y tú? Debes tenerlos a todos babeando en el nuevo equipo...

—¡Y en el antiguo! —respondió con todo el arte....

—Te veo esta noche, ¿a que sí? —dije dándole un beso mientras nos despedíamos en la puerta del portal...

—No temas. Esta y todas. Hace mucho frío y, dado que estamos juntos, no veo ninguna razón para dormir solos...

En ese momento, fui yo el que apagó con besos sus palabras. Creo que ella debió verme cuando, calle abajo brinqué e hice ese gesto de lanzar la mano a modo de ¡bien! Era el gesto de los ganadores y, sin duda, yo acababa de ganar mucho.

—¡Alguien trae ojeras de mapache, hoy! Yo me parto—dijo la “dulce” Valeria cuando me vio entrar por mi academia, en la que ensayábamos...

—Pues que eso digo yo que buenos días también, bonita...

—Pero a mí no me engañas, esas ojeras no son solo de follar... ¡Huy, huy, huy! Tú nos hundes el “chiringuito”. Me la vas a encabronar a todas cuando sepan que hay boda. ¡Me pido ser dama de honor, pero del novio!

—¿Qué dices de boda ni de niño muerto, loca? Vete un poquito a freír espárragos ya y ve poniendo la música que calentemos motores...

—Pues me da a mí, que tu motor no ha parado de funcionar en toda la noche—volvió a decir aquella bocazas a la que en el fondo adoraba.

Valeria nunca había estado en mi cama, pero sí en todos los acontecimientos importantes de mi vida. Me había apoyado como nadie en mis momentos complicados y había celebrado como si fueran propios todos mis triunfos personales y profesionales a nivel individual, amén de haber

participado en los que habíamos logrado en conjunto.

—A la academia, ¿le ves buen color entonces?

—Sí, sí. Me ha costado un huevo de pato tomar la decisión de montarla, lo sabes, pero estoy contento. Renovarse o morir... Y te digo lo mismo de siempre, aunque no hayas querido entrar en el proyecto de primeras, tienes la puerta abierta si todavía te lo piensas...

—¿Yo empresaria? Te lo agradezco, pero no... Soy un culillo de mal asiento y el día que el body ya no nos luzca para bailar, cojo cuatro cosas y me voy, aunque sea a una comuna hippie. No me veo con ataduras, de ninguna clase...

—No digas nunca “de esta agua no beberé”. Y vamos a empezar, que yo me he levantado con ganas de comerme el mundo y se me están ocurriendo unos pasos...

Aitana estaría atareada todo el día, así que decidí darle un toque a Alex para comer. Estaba como si me hubiera metido tres o cuatro pastis y necesitaba compartirlo con mi amigo.

—¿Podrás parar en algún momento de mandar gente a la cárcel y comer con un colega que quiere darte noticias frescas? —le pregunté de sopetón, cuando cogió el teléfono...

—Haré un esfuercillo...

—Pues nos vemos a las dos donde siempre, en el punto de reunión habitual. ¡Y no seas muy duro con la pobre gente, anda!

De camino a encontrarme con Alex pensé que me apetecía mucho ponerle un WhatsApp a Aitana y ella lo había dejado meridianamente claro: 0 de estrategia. Eso significaba que tenía vía libre para escribirle si es lo que me apetecía el cuerpo.

Yo: “Ganitas de estar con mi motera esta noche...”

Ella: “Ganitas de tener luego entre las piernas algo que no sea mi moto...”

Me sacó la sonrisa. Faltaban metros para encontrármelo de cara cuando pensé que debía parecer un imbécil sonriendo solo por la calle, pero es lo que me pedía el cuerpo... La alegría saltaba por lo alto de mis orejas...

—Alguien trae cara de haber vivido un finde memorable...

—¡Mira que eres repipi!...

—Ha habido cama, ¿no?

—Ha habido más que eso compañero, ha habido suerte...

—¿Vamos hacia “La Tagliatella” de Capitán Haya? —le dije...

—Del Poeta Joan Maragall, ¿cuántas veces tengo que decirte que ha cambiado de nombre? La calle, digo...

—¿Y cuántas veces tengo que repetirte que me importa un huevo? —le contesté ¡Y menos ahora, que tenía yo mucho en lo que pensar!...

—Suéltalo todo anda, que lo estás deseando...

—Pues que estamos juntos...

—¿Pero juntos de “un día de estos nos casamos”?

—¡Otro gracioso! No eres muy original. Ya esta mañana me ha estado Valeria dando la murga con lo mismo. Al final es que vais a ser tal para cual, ya verás...

—¡Dios te escuche!

—Pero tío, ¿por qué mierda no le has metido ya cuello? ¿Cuántas veces te he repetido que le molas?

—Pues porque...

—Porque eres más tonto que una caída de espaldas, por muy “señoría” que seas... Capaz eres de pensar que ella “es mucho barco para tan poco marinero” o alguna carajotura similar...

—Pues igual por ahí van los tiros...

—Pues igual te meto un palo que te avío... Al final me veo yo de casamentera...

Reímos, nos contamos las batallitas del fin de semana y echamos un rato formidable. Por la tarde me acerqué a “Escándalo” y comencé a preparar la clase de ese día. Lunes, miércoles y viernes, tenía grupo de avanzados, pero eran un par de clases a media tarde, de seis a ocho...

Una vez terminadas, pude comprobar cómo se hacía algún que otro grupito de cotillas que, mientras hablaban me lanzaban risitas de incredulidad. A nadie le había pasado por alto el sábado noche que yo estaba por Aitana y lo cierto es que ser la comidilla de aquellas chicas no era lo que más me apetecía...

—Dicen por ahí que se te vio muy bien acompañado el sábado noche dijo Grace, una alumna inglesa cuyo acento siempre me había hecho mucha gracia. Tanto como para llevármela a la cama en un par de ocasiones...

—Estuvisteis de congreso ¿o en “Sálvame de Luxe”, chicas? Contesté divertido, pero con aires de poner una barrera entre mi vida íntima y ellas, mirando también a las que cotilleaban... Menos mal que era un grupo restringido...

—No lo tomes a mal, hombre, es que nunca te habíamos visto “cazando en vivo y en directo...” Pensábamos que tú no necesitabas eso...—dijo Estefanía, quien me había lanzado señales en alguna ocasión que yo había esquivado.

—Pues eso digo yo, que parece que estos últimos pasos os van saliendo mejor—dije, un tanto cortante e importándome un bledo las consecuencias...

Vuelta a casa en mi moto y ganas de llegar. Esperaba verla con alguna indumentaria informal a esa hora... Me había dicho que pasaría por su casa a recoger algunas de sus pertenencias...

—Veo que al final le has cogido el gusto a mi caseta—dije, cuando entré y vi la misma estampa de los días anteriores.

—Sí, ceo que podría acostumbrarme a esto. A todo esto... Por cierto, he puesto la calefacción porque hacía un frío que pelaba cuando he llegado. La casa estaba a dieciséis grados y he pensado que había que ir subiéndole la temperatura...

—Pues has hecho muy bien y, ahora, se me ocurren varias formas de subir todavía unos grados más, bonita...

Su cara de satisfacción cuando notó cómo la cogía en volandas y la llevaba a la cama, no parecía tener límites. En cuanto a mí, me había duchado antes de salir de la academia por lo que estaba listo para el combate y, esa noche, estaba muy dispuesto a dividirlo en varios asaltos...

Tan pronto la solté en la cama noté que sus ganas de guerra estaban a flor de piel. Sin decir palabra, fue ella quien comenzó a desnudarme a toda prisa. Sostuvo mi miembro con firmeza y comenzó a lamerlo de un modo que me hice temer que aquel asalto fuera demasiado corto.

—¡Hostia! ¿No tiene fondo esa garganta? —dije cuando se lo introdujo en la boca de tal forma

que me erizó toda la piel...

Cuanto más miraba cómo se afanaba en hacerme disfrutar, mayor conciencia tomaba de que aquella era la criatura más sexy del mundo... Mis ganas de penetrarla se multiplicaban por momentos y, cuando ya sentí que no podía más, eché el freno para colocarme un preservativo...

—Hoy quiero caña, salsero, ¿sabrás dármela?

¡Saltaron todas mis alarmas! Si ella quería caña, allí estaba yo para dársela...

—¿Tú qué crees, preciosa?

—Pues creo que quiero ver menearse esa cadera por la que todas suspiran, para mí solita, en vivo y en directo...

Le di la vuelta y la puse a cuatro patas. La vista era sencillamente insuperable. Tener delante de mí aquel precioso y redondeado trasero respingón, delante del cual se dejaban ver aquellos bien formados labios, constituía una provocación en toda regla...

—¿Aguantas? —pregunté.

—Aguanto, aguanto...

La embestida fue de cine y casi salimos volando en dirección al cabecero. Aitana empezó a reír con ganas. ¡Coño, al final si va a ser verdad que eres astronauta! ¡Hemos salido como un cohete...!

Su risa era realmente contagiosa y por un momento hasta tuve que parar. La atracción entre ambos era desmesurada y, en pocos segundos, volvía a penetrarla de golpe, con una fuerza bestial y con unas ganas increíbles de que ella alcanzara el clímax.

—Sigue así, no pares, más fuerte, estoy a pun...

No terminó de decirlo cuando noté su húmeda esencia desprendiéndose de lo más interno de su ser. Era una gozada y puse todo mi empeño en que volviera a pasar pronto....

Le di la vuelta y la coloqué boca arriba, subiendo sus piernas al máximo y llevándola hasta el borde la cama... De pie, frente a ella, con aquella delantera tan abundante y bien puesta mirando al techo y, abriéndose para mí, comencé a penetrarla de nuevo, mientras acariciaba su clítoris con piercing incluido, notando cómo se iba abultando y casi percibiendo, a modo de pequeños latidos

en el mismo, el siguiente orgasmo que estaba por llegar...

—¡Joder, parece que me han dado corriente! —dijo ella cuando volvió en sí después de la sinfonía de sonidos que emitió.

—Debemos tener a los vecinos de lo más animados, niña—dije cuando por fin volvió a estar calladita...

—¿Lo dices de veras? Soy una gritona, ¿es eso?

—Lo eres, pero quien no quiera escuchar, que se vaya a por unos tapones. Esto es melodía para mis oídos y lo último y lo primero que quiero escuchar cada día...

En ese momento, ella bajó sus piernas, estiró sus brazos hacia atrás, levantó el cuello y comenzó a moverse, desde abajo, pero dirigiendo... La cadencia de sus momentos hizo que yo, que estaba a punto de caramelo, descargara con fuerza inusitada mientras repetía una y otra vez su nombre...

—Habrá que cenar algo, ¿no te parece? —pregunté diez minutos después, durante los cuales permanecimos tranquilamente abrazados, disfrutando de lo relajados que nos habíamos quedado después de un intenso combate en el que habíamos quedado en tablas...

La noche invitaba a tomar un caldo de verduras que nos preparamos mientras pusimos música y estuvimos bailoteando por la cocina a ritmo de un mix de salsas de Marc Anthony.

—¡Parezco un pato mareado a tu lado! No vale—dijo ella...

—Lo primero que solo faltaba que en dos días te pusieras a mi altura, eso me haría coger una depresión y lo segundo, que no se te da nada mal, tienes mucho ritmo, ya te lo he dicho. Piensa que los pasos se terminan pillando, pero quien nace sin ritmo... sin ritmo se queda...

—¿Este sábado noche trabajas?

—Deja, deja... No todos los fines hay congreso. Este sábado noche soy todo tuyo y no tendrás que compartirme con nadie. Podemos hacer lo que quieras...

—Vale pues podemos salir a cenar y luego también podemos menearnos un poco, pero un favorcito, hasta que no esté un poco más suelta en el baile latino, ¿podemos cambiar un poco el tercio?

—Hombre claro. La música es mi pasión y me gusta de todos los estilos... ¿En qué estás

pensando?

—Te vas a reír y vas a creer que soy una dinosauria o algo, pero es que también me encanta la música de los 80 y ahí, soy yo quien te reta a bailar, y a cantar...

—¡Toma ya! A mí también me encanta, pequeñaja...

—¡Seguro que no! Lo estás diciendo por decir...

—¿Por decir? 0 de estrategia, es el trato...

—Entonces dime, ¿cuáles son tus preferidos?

—Joder pues Nacha Pop, Alaska y los Pegamoides, Mecano, Hombres G, Radio Futura, Los Secretos, Tino Casal, Toreros Muertos, Siniestro Total, Burning... ¿Sigo o te he convencido?

—Me has convencido, me has convencido....

—Y más te digo, ¿ya sabes dónde hay que ir o te lo tengo que contar?

—¡Al “Penta” digo ella, leyendo mis pensamientos!

A mí también me había encantado de siempre aquel sitio. Es emblemático, todo suena a Antonio Vega y a “La chica de ayer” y da igual que tengas veinte o sesenta años, vas a desgañitarte cantando y tus pies van a pedir siempre socorro cuando salgan de allí. Compartir también el gusto por la música de la movida era otro punto más a favor de nosotros como pareja...

Nuestra primera semana juntos se saldó con un éxito rotundo. Entre el lunes y el viernes la vida transcurrió con naturalidad, compaginando nuestras obligaciones con las tremendas ganas de reencontrarnos por las noches, ponernos al día de todo y follar como leones antes y después de la cena...

—¡Escaladita me tienes! —dijo Aitana el viernes noche...

—Vaya hombre, siempre es bueno que haya niños pequeños en casa para echarles la culpa de todo. Ahora la señorita está escaldada por mi culpa... Pues no veo que te quejes mucho cuando estoy ahí “pim- pam- pum”, dale que te pego—dije, haciendo el correspondiente movimiento con la cadera.

—¡Ay, si es que eres muy gracioso! ¿Cómo dices que te mueves? Hazlo otra vez por favor que me tiro al suelo de risa...

—Ea, pues nada, ahí va otra vez y otra...

—¡Y otra más, venga!

—Pero ¿qué te has creído que soy...? ¿Del “Club de la Comedia” o algo?

—Mejor todavía, eres un puntazo... Venga, otro caderazo para mí...

—Ven, ven, que te voy a dar un caderazo pero como yo sé... Y ya no te vas a reír tanto, pero te va a dar un gustito...

—¿A qué no?...

—No, ni ná... Ven para acá, listilla...

Eché a correr tras ella por toda la cosa. No sé con qué tropezó, pero lo cierto es que la cogí al vuelo y claro, aprovechando que ya la tenía en mis brazos, comencé a besarla con ganas de volver a hacerla mía, una y otra vez durante aquella noche...

Después del primer asalto, pedimos pizza para cenar y la esperamos tranquilamente en el sofá.

—¿Has estado a gusto estos días? —pregunté, con ganas de escuchar lo que era obvio...

—Mucho... Eso sí, ¿tú te has parado a pensar en lo que te estás metiendo, cariño? Ahora mismo mi vida puede parecer normal, pero en breve no lo será. Los campeonatos se sucederán y tendré que viajar mucho. No soy una mujer convencional y mi vida no es fácil...

—¿Y tengo yo cara de que vaya lo común? Jo, debo parecer un tipo de lo más mundano...

—No, no he querido decir eso... Solo que todavía estás a tiempo de darme una patada en el culo si quieres una mujer con la que poder pasar todos los días del año, con la que tener niños pronto, con la que...

—Con la que... deja de poner en mis labios cosas que yo no he dicho, anda... Es muy sencillo: yo no quiero una mujer que... yo te quiero a ti, Aitana, con tus virtudes, con tus defectos y con las circunstancias que rodeen tu vida... Porque esto es un pack completo...

—Bueno, pues más te vale tenerlo claro porque te digo que tienes un par de semanas para cualquier cambio o devolución, transcurridos las cuales, tendrás que quedarte con el producto sí o sí...

—¡No me asustes! Mira cómo tiemblo...

El caso es que siempre he sido de los que he pensado que a veces no tardas en tener que tragarte las palabras... porque lo que me dijo en la siguiente frase sí me hizo temblar un poco...

—Jorge y otra cosa, la semana que viene la tengo algo más libre y he pensado en ir un par de días a Cohem, al pueblo donde...

—Ya, ¿a tu antigua casa?

—No... digo sí, espera, déjame explicarme...

—Explícate por favor, sí...

—Verás, por un lado, tengo muchas cosas todavía allí que recoger y, por otro, todavía no he hablado con Damián sobre la decisión que he tomado y, la verdad es que no me gustaría hacerlo por teléfono. Me pongo en sus zapatos y no querría que me dieran así esa noticia... ¿Lo entiendes?

—preguntó, algo angustiada...

—Lo entiendo, amor. Ve, haz lo que tengas que hacer y vuélvete enflechada, anda...

Respiró aliviada y yo también comprendía que tenía que relajarme. Era consciente cuando la conocí, hacía tan solo unos días, de que tenía un capítulo de su vida por cerrar y era lógico que lo hiciera.

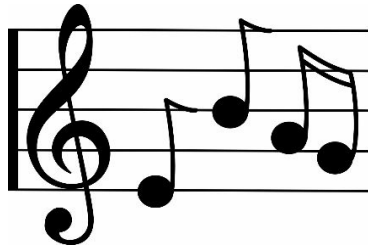
—Gracias—suspiró.

—Y, además, no soy yo quien tiene que decirte lo que debes contarle o no, pero si decides omitir lo nuestro, lo entenderé. Quizás sea un dolor gratuito que puedas ahorrarle...

—No. He de ser consecuente conmigo misma y con mis decisiones. Si no le digo nada, es probable que no lo entienda y quiera seguir dándole vueltas al asunto para hacerme cambiar de opinión. O cualquier día pilla un avión para venir a verme...

—¡Y darte la charla en alemán! Cielos, no había pensado en eso. Debe ser como la muerte a pellizcos, más o menos. Lo entiendo, lo entiendo, tienes que cortarlo de raíz—dije con guasa, para quitarle importancia al asunto.

Capítulo 5



El sábado nos levantamos algo más tarde de lo habitual porque la paliza que nos dimos la noche anterior fue de récord Guinness.

—¡Arriba dormilona! ¡Vamos a dar una carrerita!

—Deja, deja, que hoy no tengo entreno. Déjala aparcadita...

—Pero ¿quién está diciendo nada de motos?... Ya te estás calzando las deportivas que para mañana es tarde... Nos vamos a correr por el barrio y así lo conoces algo mejor que todavía no estás muy familiarizada, anda...

—Oye pues sí que es bonito—iba diciendo ella mientras atravesábamos Montecarmelo... Me gusta...

—Pues esta noche vamos a venir a cenar aquí—comenté cuando pasamos por el “Rita Sibarita”, uno de mis lugares preferidos...

—Vale, pero después terminamos en el “Penta...”

—Dicho y hecho...

A la hora de almorzar decidimos tomar algo rápido en casa y descasar un poco antes para la que nos esperaba por la noche...

La tarde estaba fría e invitaba a un ratito de mantita y sofá que no tardamos en aprovechar, dando de nuevo rienda suelta a nuestros más salvajes instintos...

—No provoques con ese culo tanto anda, que me tiene loco y no respondo...—le dije, cuando se quedó en bragas y empezó a contonearlo...

—Explícate...

—Pues que es una incitación que me supera y....

—Y ya estás tardando—dijo, mordiéndose el labio...

—¿Quieres que lo hagamos?

—¿Tengo cara de asustarme con una cosa así? Y eso que tengo que reconocer que con la manguera esa que me gastas hay que echarle valor...

Comenzamos a reír y, enseguida volvió a provocarme al máximo moviendo aquel culazo perfectamente torneado delante de mí. Sin más, se quitó las braguitas y bajó mis boxers, restregándose lentamente y haciendo que la humedad empezara a desprenderse de su cavidad, camino de mi entrepierna...

Déjame relajarte primero y luego pasamos a mayores. Mientras pellizcaba y lamía sus pezones, estimulaba su clítoris con pequeños movimientos circulares con mis dedos, para luego meter mi cabeza en su entrepierna y perderme durante unos intensos minutos en los que ella ahogaba sus gemidos arañando mi espalda. Fueron unos pequeños e intermitentes toquecitos con la punta de la lengua los que hicieron que arrojara ese elixir cuya salida provoqué con ansia.

—¿Suficientemente relajada?

—Creo que sí...

—Pues vamos al lío... Empecé a dilatar su puerta de atrás con vaselina y un movimiento circular de dedos que debieron resultarle muy estimulantes a juzgar con su reacción...

—Respira hondo cuando vaya entrando cariño y a la menor señal de que quieras que pare... — dije, colocando mi miembro en su entrada y empezando a empujar sin prisas...

—Umm—soltó ella, dejando advertir una mezcla de placer y algo de dolor...

—¿Quieres que pare?

—Quiero que sigas, hasta el fondo, ¿o es que no has visto que ya ha entrado lo peor, la punta esa que tienes, que parece la cabeza de un misil?

—Eres una capulla, no digas esas cosas que me desconcentro y hay que volver a empezar—dije...

—No, no, tú ni te muevas, que la entrada es lo peor, ahora ya cojo...

—Eso coge un poco de aire que....

—Guauuuu ya está dentro.... Muévete, Jorge, dalo todo como tú sabes. Quiero notar esa cadera que me vuelve majara...

Y así, con el “Aullando” de Romeo Santos de fondo, sentí que salía nuestra parte primitiva al mismo tiempo que exploraba la parte más profunda y sugerente de Aitana, notando que mi pene parecía estallar de excitación en aquella estrecha cavidad que tanto me atraía...

—¿Estás bien? —pregunté, tan pronto finalicé con la tranquilidad de un orgasmo prácticamente simultáneo que nos dejó exhaustos a ambos.

—Estoy flotando en las nubes, ¿y tú?

—Pues a mí solo me falta un piti para tener que pellizcarme y salir de la duda de si esto es un sueño...

—Ni se te ocurra...

—No se me ocurre, no... Es más, llevo años queriéndolo dejar y no lo he conseguido. Sin embargo...

—Delante de mí, nunca. Detrás no podré evitarlo...

—Te tengo una sorpresa. Detrás tampoco he vuelto a fumar desde que estamos juntos...

—¡Eso sí que es un notición! Hay que celebrarlo...

—Y tanto... Oye, y hablando de celebraciones, ¿te parece si después de cenar le decimos a Alex que se acerque al “Penta” y se eche unas canciones con nosotros?

—Claro, pero ¿no se sentirá como “el que aguanta la vela” si vamos los tres?

—A ver, yo le diría a Valeria que viniera, pero se va a echar a reír, me va a decir que si ahora me he metido a celestina y me la va a liar parda. No le gusta ni un ápice que nadie le organice nada...

—Por mi parte, se lo puedo decir a Paula, pero ella es que, no sé cómo decirlo... Es un poquito rara, muy suya y no parece tener demasiado feeling con Alex. Es más, en estos momentos la siento un poco distante incluso de mí... Tengo una sensación rara...

—¿Y eso?

—No te hagas el tonto, sabes muy bien que estaba por ti y no creo que se alegre demasiado de lo

nuestro...

—Pero sois amigas, ¿no?

—Lo somos, pero va a necesitar un tiempo...

—¿Entonces? ¿Dejamos lo de Alex?

—No, por mí no, en absoluto... Dile que venga y ya trataremos de buscarle algún entretenimiento...

La cena fue maravillosa. Aitana estaba preciosa. Volvíamos a ir en su moto y en esta ocasión llevaba unos vaqueros que le sentaban de lujo con un top de animal print con un escote para perderse en él, que remataba con su chupa de cuero, su pelo perfectamente alisado y de nuevo esos labios rojos en los que me perdería un mes...

—Me van a odiar todos los tíos esta noche. Tienes un brillo especial. No sé si es en el pelo, en los ojos o en el conjunto, pero deslumbras baby.

—Tú no te quedas atrás amor. Estás que crujes con esa camiseta negra y esos vaqueros que te hacen un culito de lo más pellizcable...

—Gracias, pero no me hables de culito que todavía me pongo malo, vamos que salimos zumbando otra vez para casa...

—¿Estamos todo el día enganchados, eh...?

—Es lo que tiene el invierno, que con este frío...

—Y por esa regla de tres, ¿qué pasará cuando llegue el verano?

—Pues que te pondrás unos shorts de esos que te marquen el trasero y tu desbordante anatomía quedará más a la vista todavía y cállate, que no respondo...

Cenamos en la terraza cerrada del “Rita Sibarita” y lo pasamos “de diez”. A eso de las once y media, Aitana se puso al mando de su moto y enfilamos al barrio de Malasaña con ganas de pasar una noche diferente.

—Si ya está aquí “Su Ilustrísima”, ¿o cómo era, amigo?

—“Su Santidad” era, como el papa, ¡no te jode! Y quítate de ahí que voy a darle dos besos a esa mujerona que no sé qué puñetas ha visto en ti, elemento...

—¡Hola, Alex! Yo tampoco lo tengo muy claro. El caso es que soy una mujer de palabra y, ya que le he dicho que sí, me temo que me va a tocar aguantarlo...

Nada más llegar se nos notaron a todos las ganas de jolgorio. Lo único que lo empañaba un poco era algún flash que venía a mi memoria del viaje que tenía que hacer Aitana la semana siguiente a dejar al Chuky ese o al Damián o como se llamara.

Daba igual que fuera un muñeco o un niño diabólico. El asunto es que ella cortara lo poco que les quedara en común, echara unas firmas y volviera a mi lado totalmente libre...

Como se veía venir, bailamos, cantamos, saltamos y brincamos mientras nos hacíamos mil fotos...

—Cariño puedes beber tranquilamente. Tienes chófer, no me digas que no es todo un lujazo...

—Lo es, lo es. Y te lo agradezco. El caso es que no bebo. A ver no bebo alcohol, que ha sonado a bicho raro total...—reí...

—¿Ni una copa?

—Va a ser que no...

—¿Y eso?

—Una larga historia. Algún día te contaré...

—Ok, ok...

Alex sí aprovechó para tomar alguna copilla, bueno y quizá más de alguna. Muy cauto, como no cabía esperar menos de él, había venido en taxi para poder hacer lo que le viniera en gana. Se le veía genial y no sabía cuánto me alegraba por él. En lo profesional había logrado sus metas y al primer intento, y en lo personal tenía mil años por delante para disfrutar...

—Diría yo que aquella morenaza del fondo no te quita ojo, Jorge—me dijo, en un momento en el que Aitana fue al baño...

Me eché a reír. Con dos copas de más, todos los gatos son pardos y desde luego Alex no tenía ni un pelo de tonto, pero estaba claro que el alcohol le estaba jugando una mala pasada...

—A ver, amigo... No me está mirando a mí sino a ti. Lleva toda la noche haciéndolo, pero ¿no te has dado cuenta de que...?

Me dejó con la palabra en la boca y me cagué en mi calavera. Para una vez que el juicioso de

Alex se lanzaba a algo, vaya ojito que había tenido...

—¿Dónde está Alex? —preguntó Aitana a su vuelta...

—Justamente allí...—señalé hacia el lugar al que se había dirigido...

—¡Ay, la leche! —soltó ella. ¡Pero si no ha bebido tanto! ¿De verdad no se ha dado cuenta? Pues vaya sorpresón que se va a llevar...

—Es que a él se le sube muy rápido...

—Ya lo veo, ya lo veo... Haz algo, páralo....

—¿Y qué hago? Me meto en medio, me presento y le digo que me llevo a mi amigo porque no se ha dado cuenta de que “ella”, en realidad es “él...” Ya le he enviado un WhatsApp, pero no está atento al teléfono...

La chica en cuestión era una belleza, pero tampoco había que ser un lince para saber que había nacido con pito, una circunstancia que quizás a otro tipo de chico le importase menos, pero al clasicón de Alex podría llevarle por la calle de la amargura al día siguiente como aquello llegara a más y se encontrara el “pastel” a última hora...

Finalmente vino hacia nosotros con los ojos fuera de las órbitas y lo cierto es que Aitana y yo vimos el cielo abierto....

—¡No os vais a creer lo que me ha pasado! A mí, que siempre he presumido de ver la hierba crecer y un poco más y me meto yo solito en la boca del lobo—dijo, un tanto trastornado y con un deje borrachuzo que era para partirse de risa...

—¿Y eso? —dijimos Aitana y yo al unísono...

—¡Pues que en realidad es un tío! Bueno no, pobre, no es un tío. Vamos, que está más buena que el pan pero que no tiene, vamos ya me entendéis, o mejor dicho que tiene...

—¡Tira para allá, hombre! Lo que tiene es dos dedos de frente y por eso te ha avisado porque tú ibas a entrar a matar y eso sí que hubiera sido de traca, cuando tuvieras el estoque preparado...

—¡Joder, tienes razón! De la que me he librado...

—Sí, amigo, sí. Porque además que ha ido a dar con el tío más diplomático del mundo. Es más...

—dije, guiñándole el ojo a Aitana y con ánimo de buscarle la lengua...

—¿Qué pasa? ¿Es más, qué...?

—Que yo creo que tú eres tan prudente que con tal de que la chica no se sintiera violenta, rematas la faena y todo...

—¡Y una mierda! —contestó Alex, en un tono ofendido que hizo que nos desternilláramos de risa...

—Venga, amigo. Son ya las tres. Si quieres vamos tirando que te va a ir genial una sesión de cama...

—¡Eso, eso! De cama, espera que ahora llamo a...

—¿Pero a quién cojones vas a llamar a las tres de la mañana?

—Tú déjame, que yo controlo...—dijo, mientras se tambaleaba un poco. Estaba claro que se había tomado alguna más de las que yo había contado y el asunto estaba alcanzando su pico máximo...

Y llamó, sí llamó. Sin el ruido de fondo yo habría reconocido muy bien la voz que descolgó aquel teléfono, pero iba a ser que no...

“Espera, voy para la calle que hay mucho jaleo y no te oigo”, le escuché decir a su interlocutora.

—Asunto arreglado— dijo cuando volvió a entrar—Me voy...

—¿Dónde vas tú así, alma de cántaro? Ni en broma—dije...

—No seas pelmazo anda, que no me voy solo.... Ahora vienen a por mí, dijo de lo más contento. Eufórico más bien, podría decirse...

Y si no lo veo, no lo creo. Media hora después, el coche de Valeria se acercaba a por él. Le habían hecho falta dos o tres siglos y unas cuantas copas para hacer una llamada que le apetecía desde hacía años...

En cuanto a ella, le había faltado el tiempo para venir a recogerlo. No había lugar para el error. Blanco y en botella. Me alegré de corazón...

Una vez la parejita se hubo esfumado, Aitana y yo decidimos quedarnos hasta el cierre. Escuchar la emblemática canción “La chica de ayer” con la que el Penta cierra es todo un ritual que ninguno

de los dos nos queríamos perder.

Cuando las luces comenzaron a apagarse y sonaron las primeras notas, la cantamos a voz en grito abrazados, en el sumun de la felicidad.

Ya en casa y, aunque estábamos reventados, decidimos que, puestos a ducharnos, lo hacíamos juntos y así aprovechábamos para que cayera algo más...

—¡No seas blandengue, que no está fría! —decía ella, que había regulado la ducha a su gusto y para mí estaba poco más que templada...

—¡Ostia! ¡Menos mal que no está fría! Te recuerdo que estamos en invierno y me estás poniendo toda la piel de gallina, enana...

—Pero eso no tiene nada que ve con la temperatura... Así te pongo yo cada vez que me da la gana —decía con fingido aire engreidillo...

—Eso también pero que está fría, te digo que está fría... Claro, como tú vivías en el Polo Norte pues no lo notas...

—Sí, sí, allí en un iglú—dijo ella, divertida... ¡Anda ya! No me digas que eres un tío de esos que se baña con el agua hirviendo y luego sale como un salmonete, todo colorado y...

—Colorado te voy a poner a ti el culo de un sopapo, jodía—dije sin poder parar de reír viendo sus aspavientos bajo el agua...

—¿Tú y cuántos más?...

—Espero que ninguno, no jodas...—reí— Yo solito, please....

En ese momento volvió a mi cabeza el recuerdo de su viaje de la semana siguiente y la inquietud me asaltó por unos instantes...

—¿Qué te pasa, amor? —preguntó notando mi bajón...

—Nada. Es solo que...

—Tiene que ver con mi viaje, ¿verdad?

—Sí... No quiero incomodarte, por favor. No vayas a pensar que soy un celoso patológico o algo por el estilo. Es solo que...

—Lo entiendo perfectamente... No te preocupes... Me pasaría lo mismo. No es igual ver los toros

desde la barrera. Tiene uno que meterse en la piel para...

—Yo confío en ti, mi niña. Olvídalo. Sé exactamente a lo que vas y conozco ya tu sentido de la lealtad. No son dudas, entiéndeme. No se me da muy bien explicar estas cosas...

—Sí, supongo que quieres decir que confías en mí, pero no en la otra persona, en sus reacciones y demás, ¿puede ser?

—Justo. Es un poco como...

—Como cuando yo estoy corriendo, a tope de adrenalina y me fío de cómo controlo, pero no de si lo hacen los demás... ¿Algo así?

—Justo. Yo me fío de ti, pero solo de pensar que intente besarte e incluso algo más, escuece...

—Van a ser dos días y evidentemente no me quedaré con él en la que ha sido nuestra casa. Allí simplemente pondré los pies para recoger. Por lo demás, será cuestión de papeleos, en notaría y tal... Me quedaré en casa de una amiga, Elsa, ella también es española, somos compañeras...

—No tienes que darme más explicaciones, no quiero que pienses que soy de la Gestapo ni que me debes nada, pero te agradezco...

—Es lo menos, pero ¡sigues siendo un blandengue al que le gusta el agua hirviendo! —dijo riéndose y apuntándome con aquel cabezal de ducha que debía cargarlo el demonio, porque me hacía dar saltos de frío...

—Estate quietecita, anda que te voy a dar yo ahora un poquito con mi manguera...

Con aquel fresquito, fue un auténtico “aquí te pillo, aquí te mato”. Aitana se colocó bajo el cabezal y era ella quien recibía todo el caudal de agua, mientras yo me puse detrás...

—Eres un todo un espectáculo ahí chorreando—dije...

Y lo era. El agua bajaba por su espalda y hacía una graciosísima e incitadora onda sobre su culo respingón... Aitana estaba como un queso y su larga melena le daba un aspecto salvaje que resultaba impresionantemente sensual...

Ambos estábamos muy excitados y fue algo corto pero muy, muy intenso... En una de mis embestidas a ella le dio la risa y tuvimos que parar...

—¿A que me sacas por la ducha del vecino? —dijo, mientras carcajeaba.

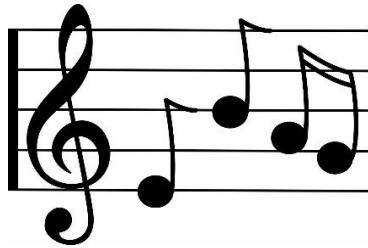
—Ya quisiera él—respondí—Oye te gusta a ti mucho desconcentrarme cuando estamos al lío, ¿eh?
Su forma de sacarme la lengua me puso todavía más...

—¡Ahora sí que me sacas, pero ni se te ocurra parar! —decía ella, entre gemidos de placer y risas...

Y no se me ocurrió. No hasta que ocurrió lo inevitable, por ambas partes...

Cuando vinimos a caer en la cama eran más de las cinco de la madrugada, “entre pitos y flautas”, de modo que la abracé fuerte, fuerte y nos quedamos dormidos como lirones...

Capítulo 6



Por muy pronto que quisimos resucitar al día siguiente, nos dieron las diez en la cama... Resoplé un poco en la carilla de mi dormilona preferida, que no sabía ni en qué mundo estaba...

—Hoy no tengo que correr, hoy no tengo que correr—musitaba entre sueños...

—Cierto, pero tendrás que volver al mundo de los mortales y desayunar y hacer ese tipo de cosas que se hacen por la mañana...

—Pero que no tengo que correr, pesado—repetía ella en una retahíla interminable y medio ininteligible...

—Ya lo sé, vida, ya lo sé... Hoy no tienes que correr... En todo caso...correr—te... pero eso déjalo de mi cuenta.

Metí la cabeza bajo las sábanas y tardé una milésima de segundo en alcanzar su sexo desnudo...

No podía imaginar mejor desayuno y creo que ella tampoco a juzgar por los gemidos que empezó a lanzar. Comenzaba de nuevo la fiesta mañanera y es que yo no sabía si Aitana tenía puesto un piercing o un imán, pero el caso es que no había manera de que nos desengancháramos...

Una vez la dejé satisfecha, fui raudo hacia la cocina...

—Aquí tiene la señorita el desayuno. Un lujazo asiático, en la misma cama...—dije, cuando lo hube preparado.

—¡Esto es vida! Mimada y bien follada—dijo ella con un sugerente guiño que casi me incita a ir otra vez al lío...

—Te la estás volviendo a ganar a pulso...

—Quita bicho, espera que coma, que tengo más hambre que un piojo en una peluca... —dijo, cogiendo una tostada al vuelo— Que me hablen a mí de adrenalina en la pista... En esta casa sí que se suelta adrenalina... Esto es un sinvivir...

Reímos con ganas y, como lo prometido es deuda, volvimos a liarnos en cuanto le dimos el último trago al zumo de naranja... En esta ocasión fue ella quien empezó a lamermme y `puso mi miembro al límite hasta que se le marcaron más venas que al pescuezo de un cantaor, subiéndose encima y demostrándome que a galopar no había quien la ganara...

El resto del día lo tomamos en plan tranquilón porque la paliza de la salida y el posterior revolcón nocturno la teníamos en el cuerpo, así que intentamos poner un poco de cordura, que al día siguiente teníamos que trabajar...

—Hoy voy a aprovecharme de ti— me dijo antes de que nos pusiéramos a hacer una completa ensalada “con todo” de esas que se le ocurrían a ella y yo disfrutaba viendo cómo mezclaba sin ton ni son... ¡Y el caso es que estaban deliciosas!

—¿Más, vas a aprovecharte más? Pues déjame que me reponga que mucho me temo que me tienes “exprimido”. La pobre no va a querer salir ni para mear—dije con cachondeito, mirando hacia abajo...

—No es eso... Vamos a estrenar tu terraza, que todavía no hemos tenido ocasión. ¿Te he dicho ya que me encanta este ático? Bueno me encanta el ático, me encantan los mimos que recibo en él y ¡me encanta el dueño! Aunque eso es lo menos importante—dijo, sacando la lengua...

—Vuelve a hacer eso y date por follada—dije, con la mejor de mis sonrisas.

—Luego, luego... Ahora quiero que me des una clasecita de baile, anda, que en una horilla martes y jueves no me entero de mucho...

—Vale, venga, ¿qué quieres? ¿Salsa o bachata...?

—Pide por esa boquita...

—Me da igual...

—Pues una de bachata sensual se ha dicho...

La niña apuntaba maneras. Como era de esperar, coordinación le sobraba, pero además se

quedaba a la primera con algunos pasos, otros los intuía y los últimos era capaz de improvisarlos, ella solita, a su bola y le quedaban bien...

—Eso se llama estilo—dije—A ver, ahora lo más difícil, improvisa unos pasos libres...

—Pero ¿cómo? No tengo ni idea. Contigo es fácil, tú me llevas y, además, con esa cadera, podría ir pegada a ella hasta a Pernambuco, lo haces tú todo...

—No te subestimes. Lo haces fenomenal. Ahora, simplemente... Escucha la música y baila para mí, como lo harías si estuvieras sola, bonita... Cierra los ojos si estás más cómoda...

Le quedó precioso. Me encantaba verla moverse... Se me ocurrió un plan divertido para ese domingo tarde. Después se lo sugeriría...

—Genial, chiquitina. Lo haces muy bonito...

—¿En serio?

—Y tan en serio...

—Ahora tú, Jorge...

—¿Yo?

—Sí y, ¡solo falta que me digas que te da corte o que no sabes! —rio...

—¿Te imaginas?—pregunté, mientras me empezaba a mover al son de la música...

—¿Te imaginas que no te como esa cara bonita? —soltó ella, atropelladamente, mientras se abalanzaba hacia mí... ¡Ya estaba otra vez el lío!

En la terraza hacía un poco de frío, pero el sol invitaba a comer allí, así que no lo pensamos dos veces. Ensalada “Aitana” con entrantes y unos profiteroles de chocolate que guardábamos como oro en paño para el postre...

—¿Un poco de sofá y mantita? —sugerí cuando nos hubimos puesto hasta el culo con aquellos profiteroles que estaban para chuparse los dedos...

—Sí, pero espera un momento que esto tengo que aprovecharlo...—dijo, lanzándose hacia mí...

—¿Qué haces, bicheja?

—Tenías chocolate en la nariz— dijo, después de darme un lametón en la cara...

—Te gusta el chocolate, ¿eh?

—Me vuelve loca, me gusta casi tanto como tú—añadió, en tono dulce...

Y me derretí. Hacía años que no me sentía así de a gusto con alguien, e incluso, pensándolo bien, creía que nunca antes había experimentado aquella sensación tan intensa...

Tocó sesión romántica donde las hubiera: “El diario de Noa”.

—Espera que voy por los clínex—bromeé...

La vimos acurrucados en el sofá con esa certeza de quien sabe que no cambiaría ese momento por ningún otro. La complicidad era total y, en un momento dado, tomé conciencia de que había dado un pequeño cabezazo cuando noté sus suaves dedos acariciando mi cara. Me hice el dormido durante unos minutos más para seguir disfrutando de aquella incomparable sensación...

—Son las siete de la tarde—dijo ella, un rato después de terminar la peli— Podemos salir a dar una vuelta o incluso ir al cine, pero también podemos quedarnos y echar aquí el resto del día.

—Tu semana va a ser movidita, más de lo que me gustaría—dije, guiñándole un ojo—Si te apetece nos quedamos...

—Me apetece. ¿Jugamos a algo...? No soy mucho de consolas ni cosas parecidas, ¿tienes unas cartas o...?

—Tengo una idea mejor. Se me ocurrió antes viéndote bailar...

—¡Suelta por esa boca...!

—Regalémonos un striptease, el uno al otro... Venga hay que elegir ropa, canción... Cada uno que lo prepare por su lado y en quince minutos nos vemos aquí en el salón. Te cedo nuestro dormitorio, yo me meto en el de invitados...

Cuando la vi venir me mordí el labio... Una de mis camisas blancas, con una pequeña corbata roja suya... ligeramente desabrochada, medias negras de rejilla que dejaban vislumbrar un minúsculo tanga negro y altísimos zapatos de tacón, también negros. Su melena de leona suelta y aquellos sugerentes labios rojos que me sumergían en otra dimensión...

Por mi parte, llevaba unos pantalones de cuero negros, camiseta blanca ajustada y botas militares. Debajo unos boxers muy ajustados de Levis...

—Haga usted los honores—dije, después de silbarle un buen rato...

Mi locuela me hice pasar al siguiente nivel con su particular versión de “Crazy” de Aerosmith con una gracia y un desparpajo que nada tenía que envidiarle al modo en lo que lo hubiera hecho una profesional... Imitación de barra de baile y meneo de pelo incluidos...

Suerte que hacía rato que habíamos quitado la calefacción porque no salí ardiendo de milagro, cuando se fue despojando de la ropa y quedó únicamente con el tanga en la mano, que zarandó y me tiró, con tal puntería que casi me lo cuele en la boca... Fue una auténtica pasada...

—Tu turno—dijo, acercándose a mí y ocupando el mismo asiento desde el que yo la había observado, una especie de diván que teníamos en el salón, muy cómodo...

Con mi chica de frente, sentada en el diván y las piernas en el suelo ligeramente abiertas, comencé a bailar el “Cream” de Prince mientras ella se mordía el labio en modo sugerente...

Un trato era un trato y por eso acabé la canción, pero ganas no me faltaron de saltar encima de ella y dar por finalizada la sesión...

—Guauuuu, conozco a más de una que mataría por esto—dijo, provocativa...

—Pues anda que tampoco habría quien daría lo que no tiene por haber visto lo que yo, motera... Y ahora dime, ¿cuántas veces has hecho esto en tu vida? —pregunté mientras ella empezaba a gemir al contacto de mis dedos con su clítoris... Me acababa de colocar a su lado y estaba irresistible...

—Ni una puta vez en mis veintisiete años—dijo...

—¡Si es que eres muy chiquitina y te juntabas con gente muy sosa! —dije, en tono de broma...

—¡Ya ves! —contestó ella, riendo...

—A quién se le ocurre, si un poco más y te vas a Laponia... con lo calentita que estás aquí, ¿a que sí? —pregunté al mismo tiempo que introducía mis dedos...

—Sí, sí, lo que tú digas, pero sigue.... ¡Joder, Jorge! Por ahí vas genial, no pares...

—¿Quién va a parar? Bájate de la moto anda y déjate de prisas. Estamos en casa, con toda la tarde por delante. Déjame que me recree en este cuerpo que parecen haberlo esculpido con cincel y martillo, ¡si es que partieron el molde contigo!

Y me recreé. No uno sino dos orgasmos fueron los que tuvo allí, tumbada en el diván, totalmente desnuda y relajada, entregada al placer de una tarde de domingo inmejorable que nos daba pistas

de por qué el destino no había parado hasta unirnos...

Cuando cayó exhausta la cogí entre mis brazos y la llevé a la cama. Allí quise colocarla a cuatro patas y accedió complacida o, eso creía yo, porque mientras me estaba poniendo el preservativo se dio la vuelta y me tumbó para comenzar a cabalgar ella sobre mí. Le había cogido el gusto a la cuestión...

—Vaya delantera, vaya caderas y vaya movimiento cielo, no puedo más, voy a estallar... La cogí fuerte por la cintura y, mientras me estaba corriendo, noté que a ella también le estaba pasando...

—Me corro Jorge, me corro...

Y, para no gritar me dio un mordisco en el cuello que me puso tanto que comencé a desear el siguiente asalto... Tras una cena ligera me tomé la revancha...

—Jorge, me dan ya descargas eléctricas... ¡no me puedo correr más, me estalla, me arde...!

—¿Te duele? ¿Quieres que pare...?

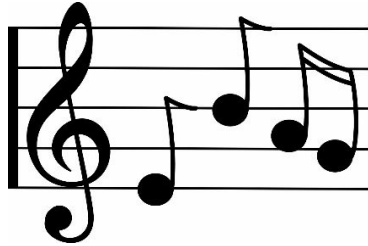
—No, no me hagas caso, sigue, sigue...

Desde atrás, con Aitana a cuatro patas y aquella larga melena a mi alcance, la situación no podía ser más sugerente...

—Mírate en el espejo. Me puede esa cara que pones cuando te estoy penetrando. Es total... —dije mientras sujetaba su cabeza para que se mirara...

Echándome hacia delante, coloqué la mía junto a la suya y, el reflejo del espejo nos devolvió lo que veía, a un hombre y una mujer sedientos el uno del otro. Dos enamorados con mil planes por delante y con una ilimitada ilusión por compartirlos...

Capítulo 7



—Tiene alas, eres consciente, ¿verdad? —me dijo Valeria al día siguiente...

—Lo soy. No te preocupes. Sabes que no soy de ese tipo de hombres. Puedo ser muchas cosas y tener muchos defectos, pero no soy ningún troglodita.

—Ok campeón. A mí me parece genial. Me encanta para ti, pero tenía que decírtelo...

—Me he enamorado de sus alas, Valeria, ¿me ves capaz de intentar cortárselas?

—Por suerte, no. Y a la vez también te digo que no te saldría si lo intentaras. A partir de esa premisa, vive Jorge. Te lo mereces. Llevas años luchando por tener una serie de cosas que ahora te llegan juntas y eso me complace. Lucha por tu felicidad y deja cualquier mal pensamiento en el pasado, tú ya me entiendes, ¿ok? Cuanto menos remuevas nada...

—¿Entonces, tú no le contarías...?

—Esa es una decisión suya. Ojalá hubiera decirte cuál es la correcta, pero haz lo que haz tienes mi apoyo y es hora de que te salga todo bien. Aitana es una tía por derecho...

—Lo sé, Valeria, pero gracias... Sabes que no podría tener una amiga mejor, ¿verdad?

—No te pongas sensible y pegajoso, anda. Esas milongas déjalas para tu chica...

—Oye y, ¿qué me cuentas tú?

—Yo, ¿de qué? —contestó, sonriente.

—Bueno, podrías empezar por soltar lo de “ese alguien” que fue el sábado noche a buscar “a otro alguien” y es seguro que se lo llevó a su casa e imagino que no para jugar al parchís...

—No, para eso no. Más bien para dormir...

—¡Venga ya, que no me he caído de un guindo! Espera, ¿lo estás diciendo en serio? No me lo puedo creer...

—Pues sí, créetelo. Alex se quedó dormido nada más echarse sobre la cama. Llevaba una melopea buena y, ¡hasta por la mañana!

—Pero ¿y cuándo se levantó?

—Pues para entonces, entre la resaca y la vergüenza, salió volando en diez minutos y no he vuelto a saber de él...

—¿No puede ser!

—¿Qué no puede ser? Tú lo conoces bien... Lo raro fue que se lanzara el sábado, pero ya sabes que fue por el alcohol...

—¡Vamos hombre no me jodas! Lo voy a llamar para comer con él y va a tener cachondeito para rato...

—No le des mucha caña tampoco...

—Ya. Por eso ayer no respondía a mis mensajes. Y yo pensando que era porque estaba contigo, ¡es la monda!

—Pues mucho me temo que no...

—Pero a ti te gusta...

—¿Por?

—¿Dónde estabas cuando te llamó?

—En casa...

—¿Y en pijama?

—Sí hombre, ¿oye te quieres poner a mi costa? No tienes bastante con tu chica, ¿o qué? —me dijo para zafarse.

—Estabas en pijama y te vestiste para salir a buscarlo...

—¿Y?

—Y eso es lo más parecido que tú puedes hacer a mover ficha por un tío. Y lo sabes...

Me disponía a llamar a Alex cuando recibí una llamada de Aitana.

—Jorge, cariño, tengo un rato libre para comer. Creo que han querido darme algo de vidilla porque no me puedo antes como pretendía. Ha surgido un imprevisto y me necesitan. Al final tendré que estar ausente el fin de semana. Me fastidia, pero tengo que irme el jueves. A cambio, ¡elige sitio que te invito a comer!

—Eso está hecho...

—En quince minutos apareció y nos fuimos a tapear al centro, al bar de un amigo que ponía unos calamares de esos que tenías que echar el freno para no comerte dos bandejas...

Por un lado, agradecí mucho aquella comida, pero por el otro, me tocó la moral que no estuviera justo en el finde. “Acostúmbrate”, me dije para mis adentros pues ella no iba a poder estar siempre pegada a mis talones...

Los siguientes días pasaron volando y, por momentos, nos sentíamos más acoplados el uno con el otro y más seguros de nuestra decisión...

—Levanta, lironcilla—dijo el jueves cuando el despertador nos devolvió a la realidad...

—Ainss, no, por favor. Quiero que sea ya domingo, quiero estar de vuelta...

—Pues ve rápido, actúa rápido y vuelve rápido...

—Y tú, ¿me vas a echar de menos? —dijo en tono mimoso...

—No creo, la verdad—contesté para fastidiarla un poquillo...

—Bueno, pues entonces igual me quedo. Total, allí también hay chimeneas y...

—Y ya te quiero ver de vuelta aquí, anda o tendré que “mover Roma con Santiago” para traerte...

Quedamos en que al mediodía la llevaba al aeropuerto. Llegó a casa con el tiempo más o menos justo de coger la maleta y el billete y que nos fuéramos. Y digo más o menos justo porque tuvimos unos minutos para uno rápido antes de irnos. Era eso o comer y tuvimos clara la preferencia...

—¡Así que no era una leyenda urbana, de verdad tienes coche! —dijo ella, al verme salir del garaje...

—Si ya lo habías visto ahí abajo, petarda...

—Sí, pero es por incordiar...

—Y este lo llevo yo, ¿eh? Que ya está bien de cachondeito...

—¿Pero iré segura sin casco? —preguntó con ganas de volver a buscarme— A ver, son cuatro ruedas, se ve estable, el trayecto es corto... ¡Creo que te dejaré! Total, ¡me gusta el riesgo!

—¡Vaya si tiene guasita, la niña!

—Además, así te voy metiendo mano por el camino...

—Sí, tú provócame y va a llegar a coger el avión tu prima Juanita, la del pueblo... Aunque pensándolo bien, eso me conviene...

—Tira anda. Y, por cierto, ¡tengo un hambre!

—Se siente. Yo te di a elegir, pero como eres una viciosilla... Anda, ahora comemos algo en el aeropuerto...

—¡Pero es que me da un coraje! Odio los “clavazos” que te dan allí por las buenas. No me importa gastarme un dineral en comer en cualquier sitio, pero en el aeropuerto, que encima la comida no vale nada...

—Calla anda, no lo pienses y total, ya vienes de otro “clavazo” y de ese no te has quejado...

Verla subir en aquel avión, aunque solo fuera para tres días me dejó una sensación de vacío sorprendente...

Por la noche me encantó que, justo a la hora que sabía que yo llegaba a casa, ya me estaba diciendo “Disponible para hablar con mi chico...” No quería hacer demasiado ruido para dejar descansar a Elsa, que allí se debían acostar a la hora de las gallinas, así que le dimos un rato al WhatsApp...

—No te quejarás, ¿eh? Hoy tienes toda la cama solito para ti...

—Ni una pizca. Estoy de lo más a gusto... Aquí tumbado a mis anchas y sin ninguna pelmacilla dándome la brasa...

—Ya me echarás de menos, ya...

—Te echaba de menos antes de que te fueras, tontuela. Estoy contando las horas...

El viernes me pasé la mañana ensayando con Valeria, como de costumbre y no tenía plan para comer. Alex llevaba toda la semana muy liado e incluso creo que esperando un poco que pasara la marea de las risas que me eché a costa de él el martes, que finalmente almorzamos juntos...

—¡Te invito a comer! —le dije a Valeria, con ganas de que aceptara, pues hacía mucho que no compartíamos un rato fuera del ámbito del baile...

—¿Por qué no? —respondió...

—Pues pillá tus cosas que nos vamos...

Salimos de mi academia charlando animadamente. El día se prestaba a ir dando un paseo y tomar algo en una terraza y yo acababa de recibir un WhatsApp de Aitana diciendo que todo iba como la seda porque Damián en el fondo ya sabía para qué había vuelto y no había puesto ninguna objeción... Un problema menos.

—¿Jorge, ves esa chica de ahí? —preguntó Valeria cuando salimos...

—¿Qué chica?

—Allí en la esquina. Tengo una sensación rara...

—¿Y eso? ¡Vamos, anda, no seas paranoica! Te tengo por una tía cabal y práctica...

—Sí, pero también con intuición y te digo que esa chica estaba en ese mismo sitio observando ayer y antes de ayer...

—Esperará a alguien Valeria, no somos el ombligo del mundo. Bueno, quizás yo sí, pero...

—Jorge. Dime loca o lo que te dé la gana, pero yo a esa chica la he visto antes en alguna parte...

—¿Antes? ¿Días atrás?

—No, Jorge. En el pasado y te doy palabra de que me da viruji...

—No te entiendo, Valeria, ¿por qué?

—Porque simplemente, no me da buena espina...

—Vamos a dejarlo, ¿vale? Sabes que te quiero un montón, pero me está llegando mala onda. Piensa dónde vamos a tapear, aunque pensándolo bien tú no deberías comer mucho que te estás poniendo un poquito gordita—dije, con ánimo de buscarla, como siempre...

—Vete un poquito al cuerno, anda... Yo estoy más buena que una cucharada de Nutella, vamos, que paro autobuses al pasar, que te quede clarito...

Y razón no le faltaba, aunque yo, que nunca había tenido nada con ella, mucho menos la miraba ahora con aquellos ojos. Ni a ella ni a ninguna, porque en mi cabeza solo había una personita:

Aitana.

Las clases del viernes del grupo de avanzados fueron sobre ruedas. Muchos de aquell@s chic@s ya podían volar solos, pero les entusiasmaba seguir aprendiendo y a mí ser pieza clave de aquel aprendizaje...

Aitana me había comentado por la tarde que todo seguía fenomenal y que esa noche saldría a cenar con Elsa y otras amigas, pero que me avisaría a la vuelta para charlar un ratito. En cuanto a mí, haría lo propio con Alex...

Estaba terminando de recoger todo, ya solo, cuando vi salir de la nada, como si de un fantasma se tratase a aquella chica. No hubo lugar a dudas porque seguía llevando la ropa del mediodía. Por mi parte, para lo que sí hubo lugar, fue para el desconcierto...

—Eres Jorge, ¿verdad?

—Sí, perdona, está ya cerrado... Si quieres algo te agradecería que volvieras en...

—No voy a volver en otro momento. El momento es ahora...

—No entiendo...

Sin mediar palabra, se goleó fuertemente la cabeza con la pared, abriéndose una brecha en la frente... Chorreando sangre se acercó a mi camiseta blanca, manchándola por completo...

—¡Por Dios, estás loca! No te hagas daño...

—Yo no me he hecho daño. Todo el daño me lo has hecho tú, pero vas a pagar por ello... ¡Te lo juro!

A renglón seguido, marcó el teléfono, “Socorro, policía, socorro. Estoy en la academia Escándalo, está en la calle...”

—¿Qué haces? ¡Por favor, cuelga! Me vas a buscar la ruina...

— “Quiere hacerme colgar. Vengan por favor, me ha agredido. He podido zafarme, pero creo que quiere violarme...”

Enmudecí. A mi cabeza vinieron recuerdos demasiado amargos, que en su día pesaban como una losa y que varias sesiones con la psicóloga, muchos ratos con los amigos y el tiempo, que todo lo cura, parecían haberles dado sepultura.

Parece mentira que, algo que costó tanto enterrar, pudiera revivir en tan solo unos segundos. Con aquella visión patética ante mí, sin entender una sola palabra y con las piernas flaqueando, escuché un sonido que no era precisamente música: sirenas de policía...

—Amigo, no entiendo nada, no entiendo nada...—dije cuando vi a Alex aparecer por el calabozo.

—Cálmate Jorge. Yo tampoco. Explícame. ¿Cómo ha resultado esa mujer herida? No dejes ni un detalle...

—Se ha golpeado en mis narices, Alex. Tenías que haber visto su mirada... Ha entrado en la academia. Me ha dicho que no se iba, que era su momento. Se ha agredido ella sola y después ha llamado a la policía...

—Todo esto tiene que tener una explicación. Debe ser una mala pasada, una horrible jugarreta del destino. Sin duda, esa persona debe haberte confundido con otra...

—¿Otra mala pasada, amigo? ¿De veras me va a tocar a mí otra vez? Yo me cago en el destino y en el que lo fundó... ¡Me estoy volviendo loco! ¿Qué va a pensar Aitana? ¡Alex por favor tienes que llamarla! ¡Tienes que explicarle...!

—Lo haré amigo. Confía en mí, pero eso es secundario ahora...

—Hay algo más, Alex. Valeria me advirtió sobre esa mujer al mediodía... estaba allí, al acecho. Y me dijo que no era la primera vez que la veía en esa esquina...

—Sí que es extraño...

—Y es más... Habla con ella, por favor. Tenía la sensación de haberla visto antes, en el pasado, pero era incapaz de ubicarla en ningún lugar...

—Lo haré también, amigo. Todo se aclarará, Eso sí, vas a tener que armarte de paciencia. Es viernes noche y esa mujer está en shock, parece ida y no lleva documentación... Puede que todo esto tarde un poco más de lo normal y que no pases a disposición judicial hasta el lunes...

—¿Eso quiere decir?

—Tiene un parte de lesiones por una brecha que no se la salta un galgo, Jorge. Es más que posible que te espere un fin de semana entre barrotes...

No podía ser. Por fin creía tener todo aquello por lo que llevaba años luchando y podía perderlo

en un periquete sin saber a santo de qué...

—Caí, derrumbado, con las manos en la cara y jurando en arameo...

—Sangre fría, amigo...

—Alex, si esa mujer se saliera con la suya, si lograra que me condenaran “por H o por B...”

—Estarías jodido, Jorge. Tú ya tienes una condena en suspenso. Otra supondría...

Sí la tenía. Vivía a espaldas de ello. Quería hacer ver como si aquel aciago día nunca hubiera existido y como si esas malditas palabras, salidas de la boca de aquel juez que me condenó por un delito de lesiones nunca hubieran sido reales, pero, desgraciadamente... lo eran.

—Quieres decir que ahora podría ir a la cárcel, ¿verdad?

—No pienses en eso amigo. Tú único delito ha sido estar en tu lugar de trabajo esta noche y te prometo que me voy a dejar la piel en que todo se aclare...

—Llama a Aitana, llama a Aitana, compañero...

—Lo haré. Por la mañana paso a verte... Intenta dormir un poco...

Por mucho que hubiera podido imaginar una noche de miedo, la que me esperaba era mucho más terrorífica. Cerraba los ojos y pensaba en que, en aquellos momentos, Aitana ya debería haberme escrito y estaría extrañada de no obtener respuesta...

Y lo peor era lo que pensaría mi pobre niña cuando mi amigo le hiciera aquella llamada, para ponerla al corriente de tal locura. ¿Y si no creía nuestra versión? Se hablaba de violación, ¡por el amor de Dios! Hacía días que me conocía, ni siquiera se había mudado todavía...

Aitana

Ya estaba muy extrañada e inquieta y más que lo estuve cuando sonó el teléfono y no era Jorge, sino Alex...

—Aitana, buenas noches. Ha ocurrido algo...

—Dime Alex, estoy nerviosa. Jorge no contesta...

—No puede hacerlo porque está, está...

—¿Está herido? No, por favor, dime lo que sea, dímelo...

—Está detenido Aitana. Está detenido...

Mi mundo se derrumbó en ese momento. La cabeza comenzó a darme vueltas y sentí unas ganas tremendas de vomitar...

—¿Por qué está detenido, Alex? No me mientas... Dímelo...

—Es por un tema de una mujer. Una loca Aitana, ha entrado en la academia y le ha acusado de querer violarla...

—¿Violarla? Pero habría testigos, habría...

—No, estaban solos, Aitana. Estaban solos...

—¡Dios mío, Alex! No sé qué pensar. En cualquier caso, yo creo que a las personas nos avala nuestra reputación. Él es un tío normal, con una vida normal y sin antecedentes... ¿Qué podría pasarle? Es la palabra de ella contra la de él...

El silencio de Alex me desconcertó y recordé las palabras de Jorge, diciendo que el buenazo de su amigo no sabía mentir...

—Aitana yo...todo esto se va a aclarar, será mejor que cuelgue...

—¿Pasa algo, Alex? Jorge no tiene nada por lo que esté cogido por los huevos, ¿verdad?

—Aitana, será mucho mejor que todo esto lo hablemos aquí a tu vuelta, con calma...

—Alex, no me mientas...

—No te estoy mintiendo. Solo te estoy diciendo que no creo que sea ni el sitio ni el lugar... Vente en el primer vuelo que puedas y...

—¿Jorge tiene antecedentes, Alex? Solo quiero que me respondas eso...

—Los tiene, Aitana, los tiene, pero también puedo explicártelo....

—¿Y cuántas más cosas vas a explicarme 'tú de las que me hubiera tenido que hablar él, Alex? Solo una pregunta más, ¿esos antecedentes tienen algo que ver con una mujer?

—Sí, pero...

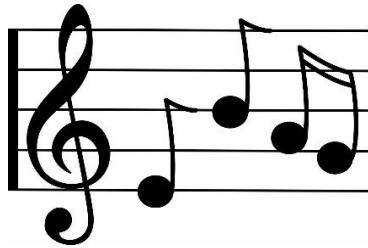
Le colgué el teléfono. No quería escuchar ni una palabra más y no volví a descolgar pese a su insistencia. Tampoco quise abrir ninguno de los mensajes que me envió. La comunicación estaba

cortada.

Me sentí morir. Sumida en un mar de lágrimas también recibí la visita de más de un fantasma del pasado. ¿Habría dado de nuevo con un depredador sexual como mi primer novio? ¿El destino me habría cruzado otra vez con un sapo disfrazado de príncipe azul que había puesto todo un precioso mundo a mis pies para después arrebatármelo de un zarpazo?

Con el corazón atravesado por una lanza y el alma hecha jirones me refugié en los brazos de Elsa que no daba crédito a cuanto estaba sucediendo. Y mientras, yo había abandonado al bueno de Damián simplemente por resultarme aburrido, cuando era el único hombre que parecía haberme querido de verdad y, desde luego, el único que no me había ocultado nada...

Capítulo 8



Jorge

“Yo nunca te juzgaría”, “yo nunca te juzgaría...” En aquella lúgubre y fría celda, esas eran las únicas palabras que se repetían una y otra vez en mi cabeza. Me las dijo ella días atrás. ¿De verdad mi chica confiaría en mí lo suficiente para darme el beneficio de la duda? Si hubiera podido pedir “el comodín del público” por una vez en mi vida, habría elegido que Aitana me concediera la presunción de inocencia...

—Dime por favor, que traes buenas noticias, en el sentido que sea—dije, cuando vi aparecer a Alex por la mañana.

—Paciencia, amigo. Todo sigue su curso. Te he conseguido uno de los mejores abogados penalistas de Madrid y...

—¿Y Aitana? ¿Viene hoy de camino? ¿Te ha dicho cuándo llegará? ¿No podré verla hasta el lunes?

Aquel silencio no presagiaba nada bueno...

—Alex, dime que ella te ha creído. Dime que...

—Jorge, sé que puede parecértelo, pero ese no es ahora el mayor de tus problemas...

—Me la trae al fresco lo demás, mientras ella me crea, mientras...

—Vas a tener que centrarte en tu declaración, tienes una buena faena por delante y debes estar lúcido...

—Me importa una mierda la declaración y lo que me pase. Si pierdo a Aitana, todo dejará de tener sentido...

—Vamos por partes... No me pidas que me encargue de más cosas, amigo. Empiezo a estar desbordado. Yo tampoco he pegado un ojo esta noche...

—Perdona Alex, pero es que me estoy volviendo loco en esta ratonera...

—Lo entiendo, pero tienes que confiar en mí, ¿o te digo yo cómo tienes que dar tus clases?

La tensión podía cortarse con un cuchillo en aquella maldita celda que se me antojaba como la peor de mis pesadillas. Sentía que, todo el oxígeno y el soplo de aire fresco que Aitana había supuesto para mi vida, se había convertido de repente en un sopor que me ahogaba. Casi literalmente.

Después de darme mil consejos y otros tantos abrazos, Alex se despidió por unas horas. Me quedé a solas con mis pensamientos. Quería gritar al mundo que era inocente, soltar toda esa angustia concentrada de un solo golpe y que mi clamor llegara hasta el frío Cohem, donde estaba Aitana...

Valeria

—¡Lo sabía, maldita sea, Alex! Sabía que esa chica no era trigo limpio...

—Pero Valeria, ¿cómo es posible? ¿Te hizo algún gesto, viste algo extraño?

—Absolutamente nada. Era su pose, su rictus y sobre todo... ¡Aquella maldita sensación de haberla visto en algún otro momento de mi vida!... Era, ¿cómo se llama eso de cuándo ya has vivido una situación y de repente...?

—Un déyàvu...

—¡Eso! O cómo se diga... ¡que estoy ya majara hoy! Esto no se queda así, Alex, no se queda así...

—No se lo merece Valeria, no se lo merece, pero no sé qué más podemos hacer. Yo tengo la cabeza hirviendo desde anoche...

—Come algo, anda, que necesitas carburante. Tú eres la cabeza pensante, pero te juro por Dios

que yo no me voy a quedar de brazos cruzados... Adoro a ese mequetrefe y ahora que la vida por fin le sonríe, nos necesita más que nunca...

—Pues estr jate la sesera y piensa dónde has podido ver antes esa maldita cara...

—En ello estoy. Necesito algo de azúcar, combustible para el body... Debiste llamarme anoche,  c mo no se te ocurrió?

—Porque con uno molido, que soy yo, tenemos bastante... No podías hacer nada, más que pasar unas horas de mierda... Por la mañana se piensa mejor.

—Ya...  Y dices que no te dio a opción a seguir hablando?  Pero qué mosca le ha picado a Aitana?

—Ponte en su piel, Valeria. Nosotros lo conocemos desde hace mil años, pero ella... son días, ya vive con él y, lo primero que se ha encontrado es con un marrón de campeonato a las primeras de cambio que se ha alejado...

—Pero no es justo...

—Bienvenida al mundo real, guapa. La vida es así,  sabes cuántos casos veo yo cada día en que es la cochina suerte es la que hace que una persona d e o no con sus huesos en la cárcel? Estar en el sitio y momento menos indicado es a veces suficiente para que alguien...  En qué piensas? Tienes los ojos en blanco...

—En que voy a llamarla ahora mismo y tendr  que escucharme...

—Claro, por tu cara bonita... Ella es libre de colgarte cuando quiera...  Tiene tu teléfono?

—S . Jorge la metió en un grupo restringido que tenemos algunos del baile...

—Pues tendrás que llamarla desde otro número, no creo que lo pille si ve que eres tú...

—Tengo otro número...

— Y eso? —dijo de lo más curioso, arqueando una ceja...

—Es por trabajo. Como comprenderás no doy tanta importancia a los tíos como para tener un teléfono reservado para ellos...—dije, poniéndome a la defensiva...

— Vale, vale! “En boca cerrada no entran moscas”, no digo ni una palabra más...

—Di, di, pero no tonterías, anda, que “no est  el horno para bollos...”

—Ok, ¿lo llevas encima?

—Lo llevo, lo llevo...

—Sácalo y haz el intento...

Sonaron varios tonos antes de que ella descolgara y yo tenía el baile de San Vito en las piernas.

Por primera vez en mi vida, estaba por mordirme las uñas...

—¿Aitana? Soy Valeria. Por favor, no se te ocurra colgarme...

—No tengo nada que hablar contigo, entiéndelo...

—Espera, por favor...

Se hizo el silencio y la llamada terminó...

—Era de esperar—dijo Alex...

—Pero había que intentarlo y esto no queda aquí. Como Valeria que me llamo que yo voy a la boda de estos dos cafres...

—Pues se te está agriando el panorama, chica...

—¡Hombre de poca fe! ¿Qué apuestas a que estos se comen las perdices?

—Dicho así, ¡cualquiera te contradice! Y el universo te oiga, ya sabes que también daría lo que fuera por él...

—Su amiga. Esa que decís que está un poco arañada porque le tenía echado el ojo a Jorge, ¿cómo se llama?

—Paula... Se llama Paula. ¿En qué estás pensando?

—¿Tienes su teléfono?

—No. Creo que no le caigo muy bien. Debe haberme visto como la antítesis de Jorge...

—Pues mejor—se me escapó...

—¿Qué has dicho?

—Nada, atontado. ¡Hay que buscar ese teléfono!

—¿Dónde?

—En la base de datos de “Escándalo”. Es alumna. Tiene que estar registrado en su ficha personal...

—¡Bingo! ¿Y las llaves? Tendría que pedirselas a Jorge. Quizás estén entre sus pertenencias y...

—¡Yo las tengo! Ensayamos allí por las mañanas, ¿no te acuerdas? A veces llego antes que él y lo espero dentro...

Nos pusimos en marcha sin perder ni un segundo más.

—¡Es esta! La vi la noche del congreso... Tiene cara de rancia, pero me va a escuchar sí o sí...—
dije cuando di con su ficha.

—¿A ver? Sí, sí, es verdad. Esa es... ¿Vamos los dos?

—No. Tú si puedes, ve a ver a Jorge. Yo me encargo de ella...

—¿Qué quieres conseguir exactamente?

—La dirección de Aitana en Alemania. Tiene que ir por su casa a recoger las cosas o estará su ex allí. Yo me las apaño, no me conoces... Aitanita viene de vuelta a España, ¡o la traigo por los pelos!

—No, sí al final os voy a tener a todos en chirona a este paso. Haz lo que tengas que hacer, pero no te metas en líos, anda, que estoy desbordado.

Me despedí de Alex y llamé a Paula. Todavía no estaba al tanto de nada, por lo que la cogí de improviso y, ¡desarmada!

—¿Paula?

—Sí, soy yo, ¿y tú eres?

—Valeria, la compañera de baile de Jorge. Nos presentaron la otra noche... Esto te va a sonar raro, pero tengo que hablar contigo y tiene que ser en persona...

—¿Aitana está bien?

—Bueno, digamos que de salud bien, pero su felicidad está en juego. ¿Eres una amiga de las de verdad?

—¿A ti qué te parece?

—Pues que ya estás tardando en decirme dónde nos vemos...

La reunión con Paula duró unos veinte minutos, transcurridos los cuales salí de allí con la

dirección exacta de Paula en Cohem, ¡mira que a la gente le daba por ir a vivir a unos sititos...!

Llamé a Alex.

—¡La tengo! Necesito ir a casa a por unas cosas. Tú encárgate de buscarme plaza en algún vuelo libre al aeropuerto más cercano a Cohem. ¿Te lo deletreo?

—No, no hace falta...

—Vale, que no me acordaba de que eres un listillo...—bromeé...

Dos horas más tarde yo estaba montada rumbo a Alemania en aquel avión y con todo el convencimiento del mundo de que la verdad resplandecería, ¡o la haría resplandecer!

Cuando por fin llegué, en la tarde del sábado, a aquel pueblecito de cuento sentí que tenía entre manos la misión más importante del mundo. Sabía que Jorge no actuó como lo hizo en el pasado por mí para recibir nada a cambio, pero yo le debía una y bien gorda y siempre le dije que si alguna vez la vida me ponía en la tesitura de poder hacer algo por él me tiraría de cabeza... Y allí estaba, en el gélido invierno alemán delante de aquella bonita puerta...

—Llamé al timbre con la certeza de que, si me abría la puerta ella, probablemente quisiera cerrar de golpe al verme, pero no estaba dispuesta a permitirlo. Me colaría, aunque fuera como un gato...

No fue el caso. El tal Damián tenía un semblante de lo más amable y supongo que me preguntaría por quién era yo y qué hacía allí. Naturalmente fue en alemán y yo, ni flores. Chapurreando el inglés como pude le dije que era amiga de Aitana y que necesitaba verla con urgencia, pero que era una sorpresa.

Se quedó algo extrañado, para qué vamos a engañarnos, pero me vino a decir también en inglés que ella estaría allí una hora después y me invitó a pasar. Juro que fue la hora más larga de mi vida y, a decir verdad, mucho palique no es que pudiera yo darle al bueno de Damián...

Para el momento en el que por fin escuché el ruido de la puerta, ya estaba realmente atacada. “Espera aquí”, creo que dijo Damián, haciendo el gesto de que íbamos a sorprenderla, ¡no lo sabía él bien!

Aitana llegó charlando animadamente en compañía de Elsa y provista de un montón de maletas

para seguir recogiendo su ropa. Cuando me vio su cara fue todo un poema.

—Valeria, creí haberte dejado bien claro que no quería escuchar ni una palabra más sobre el tema.

—Aitana y yo creí que había quedado patente que necesitaba que me escucharas. En cualquier caso y, como no accediste, me he dado patadas en el culo para venir hasta el sitio este que sí, un pueblecito de cuento y todo lo que tú quieras, pero está en “a tomar por culo” y hace un frío que voy a cagar polos, así que tú, me vas a escuchar. Y a solas, por favor, lo que voy a contarte no debe salir de entre nosotras. Cuando me hayas escuchado, toma la decisión que te venga en gana, pero no antes...

—Está bien...

—Elsa, ¿te importaría ir con Damián a tomar algo? —dijo Aitana.

—Por supuesto que no. Llámame cuando hayas terminado, por favor.

Y allí estábamos las dos, cara a cara. Con el rostro constreñido y más tensas que el tanga de Faleté...

—Tú dirás.... —musitó.

—Aitana yo sé que todo esto debe haberte superado y que no debes entender nada, pero si de algo puedo darte mi palabra de honor es de que Jorge no es ningún delincuente...

—Pues no lo será, pero quizás sí lo más parecido. Nadie había caído en el “detalle” de comentarme que está condenado judicialmente y todo y no creo que haya sido por llevarse una piruleta de un kiosco...

—Aitana. Él necesitaba tiempo. No es fácil llegar a la vida de alguien de quien estás cien por cien enamorado y soltar una perla así... Sobre todo, cuando...

—¿Cuándo que’?

—Cuando fue mala suerte lo que le llevó a todo aquello, que vivimos como la peor de las pesadillas...

—¿Mala suerte? ¿Y ahora otra vez? Mucha casualidad, ¿no te parece? Os debo parecer más tonta que hecha de encargo o algo yo a vosotros...

—Aitana, por favor, escúchame. Nadie te ha tomado por tonta...

—Pues explícate porque por lo visto ya es la segunda vez que le acusan de un tema relacionado con mujeres y resulta que el problema es que aquí ya cada cual lleva sus propias mochilas. Yo ya de eso tuve lo mío y lo de mi prima y me juré no volver a tropezar dos veces en la misma piedra. Nunca más habrá un maltratador en mi vida...

—¿Un maltratador? Pero criatura, ¿tú qué conclusiones estás sacando? Lo que está ocurriendo ahora lo vamos a esclarecer. Debe ser una perturbada que, ya te contaré, todavía me estoy devanando los sesos...

—¿Y la otra? ¿También era una perturbada? ¿Todas son unas locas y él un santo?

—La otra no era una perturbada, Aitana. La otra mujer por la que Jorge pudo terminar en la cárcel fui yo...

—¿Tú? ¡Maldita sea, no entiendo nada!

—Pues déjame que te explique....

—Sí, explícate por favor...

—Lo haré. Hace tres años le presenté a una chica a Jorge. Se llamaba Sheila. He tardado mucho en perdonarme a mí misma porque debía darme cuenta de que no era una chica como las demás... Venía a nuestros congresos, pero no participaba apenas. Era muy guapa y los hombres revoloteaban alrededor de ella... pero solo parecía tener ojos para uno...

—¿Y qué pasó?

—Llegaron las navidades e hicimos una macrofiesta salsera. Había mucha gente, estábamos encantados con el éxito y todos muy contentos. Aquel día esa chica se acercó a mí y me dijo que le molaba Jorge. “¡Como a todas!”, le respondí un tanto achispada. “No, no creo que como a todas. Yo estoy enamorada de él” —me dijo...

—Sigue por favor...

—Me hizo gracia y maldita la gracia... Ya me vas conociendo. No me va el rollo de meterme en la vida de nadie ni de que nadie se meta en la mía, ¡menudita soy! Pero no le di mayor importancia y, como me había caído en gracia, se la presenté a Jorge. “Aquí la Miss dice que está enamorada de ti” —le dije—A él le cayó bien, aparte de que la chica realmente era una belleza... El caso es

que empezaron a charlar y se los veía bien... Cuando la fiesta terminó yo me esfumé y les dejé allí hablando...

—¿Y se liaron?

—A ver, yo no me quedé allí “a aguantar la vela” pero no, no se liaron. A los dos o tres días, cuando vi a Jorge le pregunté por el asunto y me dijo que nanai, que la chica le había parecido demasiado sensible para echarle un polvo y que a él tampoco le llenaba para otra cosa, así que fue respetuoso y dejó pasar la ocasión sin siquiera darle su teléfono...

—Pero ella estaba empecinada, ¿no?

—No lo sabes tú bien. Una semana después apareció por un local en el que dábamos clases entonces y se apuntó. Teníamos un grupo de WhatsApp en el que todos éramos administradores y le dijo a otra chica que la incluyera. Así se hizo con el teléfono de Jorge...

—Sigue, por favor, me tienes en ascuas...

—Pues ya puedes comenzar a imaginarte la película... Empezó a darle los buenos días, las buenas noches y le escribía veinte veces más entre medias...

—¿Y él?

—Él la esquivaba sutilmente y con elegancia. No quería hacerle daño, pero comenzaba a estar un poco angustiado. Yo me sentía responsable, en cierto modo y, a la salida de una de las clases, quedamos para hablar con ella... Lejos de mejorar, la situación empeoró. Al vernos hacer frente común empezó a decir que ya lo entendía todo, que nosotros estábamos juntos y que yo se lo había presentado para reírme de ella...

—¡Cielos...!

—Nos quedamos a cuadros...

—¿Y a partir de ahí?

—Pues, a partir de ahí, la cosa pareció mejorar. ¿Sabes eso de la tempestad que precede la calma? Pues que nos pareció que por fin cejaba en su empeño. Estuvo varios días sin escribirle, pero el monstruo de los celos se iba alimentando en su interior y cada vez era más grande...

—¿Y cuándo volvió a dar la cara?

—Justo al fin de semana siguiente. Estábamos de congreso. Una noche larga e intensa en la que, después del trabajo, nos relajamos tomando unas copas. El teléfono de Jorge sonó varias veces antes de que lo escucháramos. Cuando se dio cuenta y bastante perjudicado por el alcohol, no hizo caso. Le pareció que aquello ya era pasarse y lo metió en su chaqueta. No volvimos a saber nada del asunto hasta que...

—¿Qué pasó esa noche? Cuéntame, por favor...

—Al día siguiente Jorge recibió una llamada de una de las alumnas de la academia... Le preguntaba si ya se había enterado de la noticia y él, con la resaca, no sabía ni en qué mundo estaba. La noticia le cayó como una bomba: Sheila se había suicidado de madrugada. Y esa solo era la punta del iceberg...

—¿Cómo? ¿La punta del iceberg? No entiendo, ¿las cosas podían ponerse todavía más feas?...

—Sí. Podían y se pusieron, ¡puedes apostar que se pusieron!... Cuando Jorge cogió el teléfono tenía sopotocientas mil llamadas perdidas y un horroroso mensaje de WhatsApp en el que ella le advertía que, si no descolgaba, se suicidaría esa misma noche... Debía estar totalmente trastornada.

—Y él debió quedar “tocado del ala...”

—Tocado y hundido. Piensa que ni siquiera le tocó un pelo. Jorge tiene más éxito que un chupa—chups en la puerta de un colegio pero siempre ha tenido mucho cuidado de no hacerle daño a ninguna chica. No al menos de forma consciente y a ella la trató como “material sensible...”

—Pero sigo sin entender nada, ¿qué tiene que ver todo esto contigo y con el hecho de que él acabara condenado?

—Te cuento, porque esto va por fascículos... Aquella noche, Sheila también llamó a su ex, que por lo visto la había querido a rabiar, pero ella lo había dejado un año atrás...

—¿Y qué le dijo?

—Pues por lo visto fue una llamada también a modo de despedida. Él intentó convencerla de que no lo hiciera y fue hablando con ella camino de su casa, intentando escucharla y rezando por llegar a tiempo, pero ya sabes el final. Cuando llegó era tarde...

—Ya. Debió sentirse fatal...

—Sí, aunque él ya volvía a tener novia, por lo visto no había conseguido sacarse a Sheila de la cabeza y la seguía adorando y lo peor es que ella, por lo visto, le había contado en ese rato una versión totalmente deformada, la que debía tener en su pobre cabeza...

—¿Cuál?

—Le dijo que todo lo hacía por un chico que había jugado con ella. Bueno y, por lo visto también por la zorra de su novia, que ese papel era para mí. Le comentó que habían pasado una noche juntos maravillosa (en la que se conocieron) pero sin dar datos. Él debió pensar que estuvieron en la cama, aunque no fuera así... Ella le comentó que estaba muy ilusionada y que nosotros la habíamos metido en una especie de juego a tres bandas para mofarnos y que no podía aguantarlo...

—Pobre chica...

—Sí. El caso es que, al día siguiente del funeral de Sheila, Jorge y yo teníamos anunciada una actuación. Era en un local muy conocido y los artistas entrábamos por la puerta lateral. Yo llegué antes que Jorge porque él no andaba muy católico e iba algo justo de tiempo... Cuando estaba en la puerta, recibí una llamada suya diciéndome que andaba buscando aparcamiento. Fue en coche porque tenía la moto en el taller...

—¿Y?

—Cuando colgué el teléfono ya me había percatado de que el tío que tenía el coche en doble fila no me quitaba ojo de encima y había estado al loro de la conversación... Entonces se bajó...

—¿Era...?

—Sí. Era el ex de Sheila. Avanzó hacia mí amenazante y me preguntó qué con quién coño hablaba y si era Valeria, la novia de Jorge. Yo le respondí que quién era él para meterse en mi vida y que no tenía por qué darle explicaciones...

—¿Y...?

—Me dijo que sí se las tenía que dar porque, según él, Jorge y yo le habíamos destrozado la vida al traernos un juego de mierda con Sheila... Yo le respondí que debía estar loco y que me dejara en paz y él reaccionó cogiéndome por el cuello. Creí de veras que me asfixiaba... Estaba al límite

y sentía que se me iba la vida...

—¿Y en esas llegó Jorge?

—Sí. Yo no lo vi venir. Solo sentí el alivio de que las manos de aquel tío ya no aprisionaban mi garganta y empecé de nuevo a respirar, pero entonces él, Antonio es su nombre, empezó a pegarle puñetazos a Jorge como un loco y tuvo que defenderse...

—¿Y de resultas de aquella...?

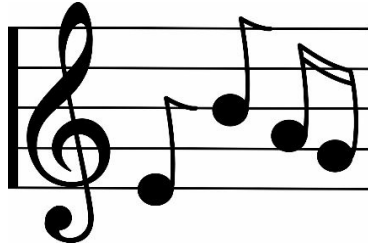
—Los dos salieron heridos. ¿Recuerdas aquella pequeña cicatriz que le sale de la ceja?

—Claro...

—Pues es de ese día... La cara se la pusieron como un mapa y lo cierto es que Jorge no tenía intención de dar más que para defenderse y defenderme, pero por lo visto hay una delgada línea entre la legítima defensa y lo que no lo es y a Jorge le cayó una condena de unos meses que quedó en suspenso... Esas son las campanas que has escuchado, pero no fue por maltratar a una mujer, fue por defenderla. Por defenderme a mí....

Mirando a sus ojos, pude ver que el mundo de Aitana se había puesto patas arriba en un momento y que la culpa se iba apoderando de ella por momentos por haber dudado de aquel modo de Jorge.

Capítulo 9



Aitana

Por un lado, me sentía enormemente aliviada y por otro, comenzaba a atormentarme el hecho de saber que aquello no era todo. Por desgracia, la vida de Jorge había resultado nuevamente convulsionada y, sí ya me había equivocado una vez, ahora merecía el beneficio de la duda...

—¿Y lo que ha pasado ahora? —pregunté.

—Lo que ha pasado ahora ya es el caos. El remate de los tomates... Pero una cosa te digo Aitana: Jorge no asaltó a esa mujer. Es más, es ella quien lleva días acechándole...—contestó.

—No entiendo...

Me contó sus sospechas de que “había gato encerrado” mientras los observaba en la distancia y me quedé estupefacta.

—¿La habíais visto antes del viernes?

—Sí, bueno la había visto yo, los días anteriores. Ya sabes que Jorge es el más despistado del globo, pero a mí nadie me bajaba del burro de que esa mujer era la misma que nos miraba los anteriores días y advertí a Jorge...

—¿Y entonces él no se había percatado de su presencia?

—Ni una mijita. Fui yo quien le puso sobre aviso, pero por lo visto ella, esa misma noche se coló en la academia y después de decirle que era su momento, poco más o menos, se dio un chocado contra la pared y llamó a la policía acusándole de agresión y de intento de violación...

—¡No puede ser...!

—¡Sí puede ser, sí puede ser! —empezó a gritar Valeria, brincando de alegría por el salón...

—¿Qué haces? —pregunté absolutamente alucinada y sin entender ni media palabra.

—¡Por fin he caído! —me he repetido desde ayer mil veces que conocía a esa mujer, que la había visto en algún sitio. Está muy cambiada y desmejorada. Se ha cortado la melena y me resultaba prácticamente irreconocible...

—Valeria, ¡suéltalo ya, por Dios! ¡Suéltalo!

—Ella estaba en comisaría el día que Antonio y Jorge se pegaron. Nos cruzamos solo un instante, pero clavó en nosotros su mirada y, más que su cara, son aquellos ojos los que se grabaron en mi mente... ¡Ella era la novia de Antonio cuando todo aquello sucedió y por eso quería vengarse de Jorge!

—Eres una “crack”. ¡Ven aquí que te como a besos y llama de inmediato a Alex! Yo voy buscando vuelo para España. Nos vamos en el primero que salga, así cueste un riñón, o dos... Invito yo... Vuelvo a casa... Vuelvo con mi chico....

—No te lo vas a creer—me dijo Valeria cuando colgó el teléfono. Por lo visto la menda se había escapado de comisaría en un descuido esta mañana y acaban de dar con ella. Todavía no la habían identificado ni nada... Espero que se pase una buena temporada a la sombra...

—Y nosotros al sol porque te juro que esto se merece unas vacaciones en el Caribe con pulserita incluida...

La vuelta a casa nos supo a gloria. En esos momentos sentí que se estaba forjando una amistad que sería para toda la vida... Nos hicimos cómplices y aproveché para preguntarle a Valeria una y mil cosas de Jorge, de su pasado, de su manera de ser y sus respuestas me hacían tanta gracia que teníamos a todo el avión completamente revolucionado, entre sus explicaciones y mis risas.

—Está loco por ti, chica. No lo dudes ni un segundo. No te descubro América si te digo que puede tener a la que le salga de las narices y contigo no lo ha dudado ni un segundo... Nunca le había tan entusiasmado con nadie. Le has dado fuerte y este no te suelta ni con agua caliente...

—Eso espero porque se le está pasando el plazo de garantía y después va a ser que no—reí, de lo

más divertida...

—Lo tienes encoñadísimo, debes tener música en el ombligo o algo—me dijo, la muy bruta...

—Eres un caso...

—Sí, ya me vas conociendo... Soy lo que parezco: un animal de bellota...

—Eres una tía cojonuda y no has dudado ni un momento en recorrer miles de kilómetros para sacarle las castañas del fuego. Jorge tiene suerte de tener tan buenos amigos...

—Bueno, a ver, quererle, le queremos tela, tanto el “Lumbreras” como yo...

—Oye, y ya que sacas el tema...

—¿Otra? Mira no empieces tú también que salto del avión en marcha, que Jorgito está más pesado con el tema de su amigo que matar un cochino a besos...

Había que reírse con aquel personaje. Valeria era una especie de Juana de Arco moderna que por los suyos mataba, como Belén Esteban por Andreita... ¡Y no me hizo comerme el pollo porque no nos lo pusieron! Aun a riesgo de llevarme un buen rapapolvo, volví a la carga...

—Pues yo no entiendo...—dije.

—Y dale, “vuelta la burra al trigo” —añadió. ¿Qué leche es lo que no entiendes? Yo voy por libre, él está entortao, yo no voy a dar un paso y él tampoco. Fin de la historia.

—Muy valiente por parte de los dos...

—Pero ¿tú no tienes ya tu príncipe azul? Deja el agua correr que yo estoy bien ocupando todo el ancho de mi cama...

—Dime de verdad que no te gusta, pero en serio, y te prometo que no vuelvo a insistir...

—Sí me gusta, pero nunca fluye. Punto redondo.

—¡Y una mierda! Puntos suspensivos querrás decir, que hay todavía “mucha tela para cortar...”

—Que estoy muy cansada anda, que entre tú y tu novio me tenéis la mar de entretenidita últimamente. No necesito nada más...

—¿Es que piensas que no eres de su mundo? ¿Es eso?

—Es un pijillo. No tenemos nada que ver... Sus compañeras son tías como él, súper inteligentes, con cualquiera de ellas será más feliz. Podrán hablar el mismo idioma y...

—Sí y seguir hablando de trabajo en casa, ¡vamos hombre, no me jodas! Si esa fuera su elección, genial, pero Alex bebe los vientos por ti... ¿Y qué es eso de súper inteligente? ¿Es que acaso tú eres tonta? ¿Quién puñetas ha resuelto todo esto desaguisado? A ver si al final va a resultar que toda esa fortaleza es pura fachada y lo que necesitas son dos collejas para espabilar...

—No sé, Aitana, pero es que le escucho hablar y... ¡Si hasta me ha hecho volver a los estudios y eso que él no tiene ni idea!

—¿Qué dices? ¡Esa sí que es buena! Cuenta, cuenta...

—Pues nada que me estoy preparando el examen de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años. Yo no voy a montar una academia como Alex y llegará un momento en el que nos retiremos de la competición y de las actuaciones. No me apetece quedarme con una mano delante y otra detrás... Nuestra profesión es efímera...

—Efímera, bonita palabreja, ¿ves cómo de bruta no tienes ni un pelo? Por el contrario, lo que tienes es una cabeza para lo que te dé la gana y más. En cuanto a lo de que tu profesión tiene fecha de caducidad, te entiendo muy bien. La mía también... ¿Qué quieres estudiar?

—Criminología. Me quedo embobada con las pelis esas americanas y me he montado la mía propia. Yo quiero ser criminóloga.

—Pues a pensar en grande para que pasen cosas gigantes, amiga...

Respirar el aire de Madrid, al bajar del avión, poco tuvo que ver con eso de la contaminación ni con nada parecido. Eran las seis de la mañana del domingo y me olió a... ¡casa! Yo, que tan acostumbrada estaba a viajar, nunca me alegré tanto de una vuelta.

—¿En qué piensas? —preguntó Valeria cuando bajábamos las escalinatas.

—En que nunca me he sentido tan segura de nada de lo que he hecho en la vida como de este regreso...

En cuanto pusimos los pies en tierra llamamos a Alex. En aquel momento estaban en casa de Jorge. Por lo visto los trámites se habían demorado unas horas y acababan de ponerlo en libertad. Iríamos en taxi a su casa, a la que ya era nuestra casa...

Creo haber estado en más terminales de aeropuertos que kilómetros tiene la mochila de “El

Fugitivo” pero ninguna nunca se me hizo tan larga como aquella noche.

—Te juro que me montaba en un patinete y me abría paso entre la gente...

—La pija está nerviosa...

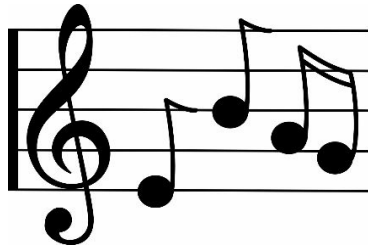
—¿La pija? ¡Vete a tomar vientos! Yo tengo de pija lo que tú de monja...

Al final, con aquella paliza mental que nos habíamos dado, me volvía con lo mismo que me fui, con una pequeña mochila. En ese momento pensé en Damián y en que se había quedado alucinado con mi ida y venida que había sido más inútil que la p de psicólogo...

Por fin íbamos viendo la salida y con ella la luz.

—Vamos volando a por un taxi—le dije Valeria cuando me sentí observada...

Capítulo 10



Jorge

—¡Mi niña! ¡Ya estás aquí! ¡Ya te tengo! ¡No es un sueño! ¡Eres de verdad —gritaba mientras me sostenía en alto y daba vueltas como un loco...

—¡Ya estoy aquí, cariño! ¡Ya estoy aquí! ¡Déjame que te mire! ¡Estás guapísimo, estás...!

—Debo estar precioso sí. Ha sido mi estancia de fin de semana en un hotelito de lujo, ¡anda ya! ¡Tú sí que estás preciosa, mírate! ¡Eres mi chica! ¡Eres mi chica! ¿No es la más bonita del mundo! —seguía gritando para sorpresa de todos los que veían la estampa...

—Ni el anuncio del Almendro de vuelve a casa por Navidad es más que empalagoso que esto—le dijo Valeria a Alex volviendo a su línea ácida, que ahora yo sabía que no era más que un parapeto...

—¡Ellos son así, mis amigos son así...! —empezó a canturrear Alex por su tocayo Alejandro Sanz a modo de respuesta y de lo más divertido y contento...

El caso es que todos empezamos a cantar aquella canción y él, que no había caído, se puso como un tomate de rojo cuando llegamos a la parte de “conquistando bailarinas...”

—Ven acá, bonita—le dije a Valeria, estrechándola en un fortísimo abrazo. Nunca, nunca, se me va a olvidar lo que has hecho por mí, me has devuelto la vida, ¿lo sabes?

—¿Y me lo dices tú, Jorge? ¿De verdad me lo dices tú? No sabes lo que agradezco al universo que me haya dado la oportunidad de devolverte lo que un día hiciste por mí. Te quiero amigo, te

quiero...

Allí lloró hasta el apuntador y, en aquel momento y en aquel lugar tomé conciencia de que los acontecimientos de los últimos días nos habían convertido definitivamente en familia. En esa familia que sí se elige y de la que me sentía tremendamente orgulloso...

Mientras Alex conducía y llevaba a Valeria de copiloto, el asiento de atrás de su coche me parecía el lugar más confortable del mundo...

—¿De verdad creías que no iríamos a recogeros al aeropuerto? No me hubiera perdido esa carita bonita avanzando hacia la salida ni por todo el oro del mundo mi niña...

Su preciosa sonrisa y su delicadeza al acariciarme la cara me confirmaron aquello por lo que tanto había rezado en las últimas horas: volvíamos a estar juntos y, en un solo fin de semana, habíamos creado un vínculo que nos hacía sentir que, mientras estuviéramos el uno con el otro, nada malo podría sucedernos...

Las primeras luces de la mañana fueron testigo de nuestra llegada a casa.

—Amigo, me voy a dejar a Valeria y a descansar. Vuestra cara también indica que tenéis más sueño que un canasto de gatitos. Tenemos las emociones a flor de piel, pero creo que es hora de que durmamos todos un rato—dijo Alex, al que ya a aquellas alturas consideraba mi hermano...

—Ok, pero solo con una condición. A las dos de la tarde os quiero ver a los dos aquí. ¡Tenemos una celebración en mi terraza!

—No seas locuelo, hay muchos días para celebrar...

—Pues otro lo celebramos también pero hoy es hoy. ¿Estás de acuerdo, Aitana?

—Si son capaces, que no aparezcan por aquí—añadió.

Mientras subíamos en el ascensor, su corazón parecía estar conectado a un altavoz y era tal la forma en la que percibía sus latidos que cerré los ojos y los acompasé mentalmente con los míos.

—¿Cómo estás, cariño? —me dijo cuando nos dejamos caer en la cama, todavía vestidos...

—Como si me hubiera pasado el AVE por encima de la cabeza, cielo—dije, pero feliz, inmensamente feliz...

—Yo...

—Qué te pasa Aitana, ¿estás triste?

—Estoy, bueno estoy...

—Suéltalo ya, por favor...

—Estoy avergonzada, Jorge. He dudado de ti, ¿podrás perdonarme?

—¿De verdad me lo dices, preciosa? ¿Podrás perdonarme tú a mí por no haberte contado...?

—No hace falta que digas nada. Ya lo sé todo y entiendo sobradamente que no fuera plato de gusto para ti hablarlo...

—Créeme que tuve momentos en que estuve a un tris de hacerlo, pero luego lo aplazaba...

—Ya lo sé, como cuando me dijiste que ya me explicarías por qué no bebías... ¿Es porque piensas que si aquella noche...?

—Siempre he pensado que, de haber estado sobrio, otro gallo hubiera cantado, sí...

—No lo pienses, Jorge. Actúa como creas que debes, pero no te culpes...

—No, ahora no tengo duda de que he pagado un precio muy alto por una situación que traté de evitar a toda costa...

—Pues deuda saldada, mi amor y capítulo nuevo de tu vida o, mejor dicho, de nuestra vida, porque no te vas a deshacer de mí tan fácilmente. Que sepas que el plazo de garantía ha pasado y te toca motera para rato...

—Creí volverme loco si te perdía, ¿puedes creerme? No me importaba lo más mínimo lo que sucediera. Solo quería saber que ya estabas cerca...

—Debías tener contento a Alex...

—Sí, sí, ha demostrado nervios de acero porque yo sacaba de sus casillas a Dios que bajara del cielo...

—Es un tío genial y Valeria, no tengo palabras. ¿Imaginas mi cara cuando apareció?

—Bueno, esa escena tuvo que ser para enmarcarla. Ya me ha dicho Alex que te estaba esperando en casa de Damián. Un numerito completo, vamos... Y, por cierto, él tiene que haber alucinado en colores, ¿no?

—Sí, para qué vamos a negarlo...

—¿Pero le has contado toda la movida? Porque si es así habrá pensado que normal que lo dejaras por aburrimiento, con lo entretenida que te tengo ahora...

—Sí, algo más o menos así dijo, pero de buen rollo, ¡no creas! La verdad es que se ha portado genial y hasta nos llevó a Valeria y a mí al aeropuerto, ¿puedes creerlo? Estaba poniendo su “granito de arena”. Si te soy sincera, me conmovió...

—Pues sí. De veras que me dejás helado. Antes de ayer por la mañana te llevaría yo a ningún lado para soltarte en los brazos de otro, enana... ¡Dale las gracias cuando vuelvas, porque por lo que veo, no te has traído ni dos tangas! —dije.

—Bueno, ya veremos. Si te portas bien, a lo mejor hasta te dejo venir conmigo la próxima vez...

—¿Te gustaría?

—Me encantaría y verás Cohem que es de postal, una maravilla. Eso sí, un tanto fresquito. Puedes preguntarle a Valeria y a sus ocurrencias de que iba a cagar polos allí. Si no me hubiera pillado con el mayor disgusto de mi vida, me revuelco de risa...

—Imagino que Valeria fue todo sutileza y te invitó con elegancia a que la escucharas—dije, con ganitas de reírme un poco...

—Sí. Fue más o menos tipo “o me escuchas o te ato a la silla y te meto un trapo en la boca y así ya me escuchas” —dijo, de lo más risueña— ¡Y bendita la hora! Sabes que tienes los mejores amigos del mundo, ¿verdad?

—Estos dos, son de lo que no queda y encima tal para cual, aunque se empeñen en jugar al perro y al gato, los muy zoquetes...

—Tiempo al tiempo—dijo ella convencida, con esa certeza femenina que me hizo pensar que valía más por lo que callaba que por lo que decía...

—¿Tú sabes algo? —pregunté...

—¿Yo? ¡Dios me libre de meterme en nada! —dijo, guiñándome el ojo...

—Claro, y yo nacía ayer... Y, por cierto, hoy te vas a escapar, por lo que te vas a escapar, ratonceja, porque no doy más, pero que sepas que en un rato estoy ya ahí “pico pala”, que tenemos faena pendiente...

El contagioso sonido de su risa me hizo recordar por qué era ella la persona con la que deseaba pasar el resto de mi vida.

—Sí más vale que intentemos dormir un poco que en un rato están aquí nuestros amigos y algo habrá que darles, a ver si les hemos invitado y les vamos a poner un paquete de altramuces...

Nos desnudamos y nos metimos en la cama abrazándonos todavía más fuerte que de costumbre. Por mi parte creo que mi cabeza todavía no había rozado la almohada cuando ya estaba en los siete sueños...

A las doce y media sonó el despertador y verla acurrucada sobre mi pecho me inspiró una ternura tal, que a punto estuve de derramar una lágrima...

—Mi vida, falta una hora y media para que lleguen. Ya habrás imaginado que, como he estado todo el finde de jolgorio, el frigorífico está que se cae un ratón y se desnucan, pero estoy pensando que la tienda esa de delicatessen que tanto te gusta abre hoy. Mucho me temo que el postre va a tener que esperar a la noche...

—Haremos el esfuerzo de acercarnos—dijo ella desmereciéndose—Creo que se lo han ganado....

—Corazón, por mí lo que tú quieras, pero que sepas que vamos a necesitar una carretilla para llevar todo esto...—le dije mientras compraba, para intentar para parar aquella lista interminable que salía de su boca...

—Deja, deja, que hoy es un día grande. Ya mañana nos pondremos un poco a dieta...

—Sí, sí, porque nos comamos todo esto, a ti van a tener que unirte dos monos para que quepas—dije para soltarle la lengua...

—Y a ti se te va a acabar “el club de fans”, listillo...

Llegamos a casa y pusimos una mesa preciosa en la terraza, mientras esperábamos a nuestros amigos...

—En este momento pega una copita de vino—dijo ella, pero no pasa nada, va a ser de coca cola y es lo mismo...

—No, abre una botella de esas que has pillado...

—¿En serio? No quiero ser una mala influencia...

—Va siendo hora de enterrar todos los fantasmas del pasado y, además, en el punto medio está la virtud, o eso dicen, ¿no?

Brindamos por nosotros y fue un momento muy especial. Nos fundimos en un largo e intenso beso al que puso final el timbre...

—¿Interrumpimos algo? Porque si es así nos vamos y venimos en otro momento, ¿eh? —dijo Alex.

—No, no se marche su señoría. Solo que ha sido “oportuno como el quinientos uno” —dije, abrazándolo con fuerza...

—¡Quita hombre, que yo soy más guapa! —añadió Valeria, dándole un soberano culazo que lo dejó anonadado y ocupando su lugar en mis brazos...

—Di que sí, ¿dónde va a parar? —contesté mientras la abrazaba.

—¿Dos copas? ¿Y están vacías? Vamos que no son para nosotros, Alex. Nos estamos perdiendo algo, no habrá pedida de mano ni nada de eso, ¿no? Que no he venido vestida de dama de honor...

—¡No digas disparates, anda! Solo que me apetecía brindar con mi chica y he pensado que...

—Que “una vez al año no hace daño”, ni dos, ni tres tampoco chico, que la vida son dos días y hay que vivirla, que hoy tenemos un pie aquí y mañana no sabemos, que para morir se no hay más que estar vivo y que una no puede saber nunca cuándo le van a quedar dos telediarios, así que hay que exprimirla, ¿no te parece?

—Me parece, me parece, pero coge aire, bonita, que no veas si te embalas...

—Anda, si no me ponéis ni un jamoncito ni nada, tendré que “darle a la sin hueso” que traigo una gazuza de muerte...

—Tú lo que vienes es nerviosa y a mí no me la das—le dijo Aitana, guiñándole un ojo.

—¿Yo nerviosa por qué?

—Porque aquí ha habido tomate y lo sabes—le contestó Aitana, muy alborotada... Lo vais a contar por las buenas o tenemos que torturaros...

Nunca había visto a Alex tan apurado ni resoplar de esa manera, pero su gesto indicó que Aitana estaba en lo cierto y más...

—Aquí no come ni Dios hasta que no escuche esa confesión que va a sonar como música para mis oídos...—dije yo.

—Ejem, carraspeó Alex un tanto cariacontecido. No hay mucho que contar solo que...

—Solo que has dormido, o lo que quiera que hayáis hecho que tampoco tenéis que dar detalles, en casa Valeria—dijo Aitana, dando brinquitos de alegría...

—Muy suspicaz la muchacha—contestó él con las orejas hirviendo...

—¿Y por qué ha sido en mi casa? —contestó Valeria, doblada de risa viendo la escena...

—Pues porque es aquí el amigo el que viene hasta con los mismos calcetines que llevaba esta mañana y con la camisa más arrugada que la frenada de un gusano...

—Y de frenazos sí que entiende aquí la niña, así que será mejor que lo vomites ya de una vez que si no, hoy no comemos—le dije a Alex que por fin se echó a reír y a asentir con la cabeza...—

¡Esto sí que merece un brindis! Ya era hora de que nos dierais esta alegría...

—¡Brindis, brindis, silencio, por favor! —pidió Aitana dando con la cucharilla en la botella...

Allá fue mi brindis: “Por mil reuniones más con los mejores amigos del mundo y con la mujer de mi vida. Sois únicos chicos, os quiero a todos...”

—Espero que a cada uno a su manera—dijo Valeria, rompiendo en su línea la magia del momento

—Es que vamos, con el trabajito que me ha costado que aquí “el Mister” se decida, solo falta que vengas tú ahora a darle calor y otra cosa te voy a decir, como se me corra el rímel por tu culpa, te caneo y...

—¡Y tú has comido hoy lengua, bonita! —le dije, sin pensar en las consecuencias...

—¡Huy, si solo hubiera sido lengua...! —soltó ella, sin anestesia...

La burrada cogió a Alex justo dando un sorbo a la copa y el pobre se atragantó a lo bestia...

—¿Ves? Si no dijeras tantas tonterías... por poco me lo matas, ahora que le he cogido el gusto al “matarile” con él...—me dijo Valeria, echándome la culpa, con todo el arte...

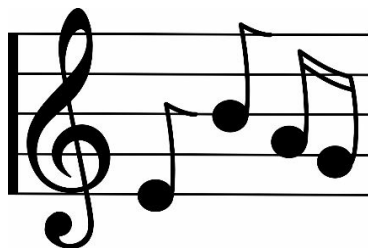
—¿A qué? —dijo él con los ojos abiertos como platos...

—“A darle al matarile, al molinillo, al tema...”, tú ya me entiendes—le contestó ella haciendo el gesto de tirarle una aceituna para que la pillara con la boca...

—No te ha caído nada, amigo, ¿no querías Valeria? Pues aquí la tienes en estado puro...

Nos sentamos en la mesa riéndonos a carcajadas, disfrutando de aquel sol otoñal del mediodía y de la mejor compañía posible. Aitana me apretaba la mano por debajo de la mesa con fuerza y me sonreía con una cara de felicidad que hubiera pagado más de lo que tenía por poder capturar. En cualquier caso, lo hice, grabándola en mi retina, para siempre...

Epílogo



8 años después...

—Va a ser niño, digas tú lo que tú digas—me decía Aitana camino del ginecólogo...

—Bueno, ya veremos, ¿qué apostamos a que no? Y además eso da igual. Seguro que es tan bonito como su mamá...

—Espero que sigas pensando lo mismo cuando me crezca esa panzota y empiece con los antojos y...

—¿Más antojos? Te recuerdo que llevo ocho años atendiéndolo con gusto, aunque no estuvieras embarazada, ¿o te he fallado yo alguna vez?

—Ninguna, hay que reconocerlo... ¡Y caprichosa he sido un rato largo! Pero es que tú me mimas mucho y, claro...

—Total que la culpa es mía...—reí...

—Un poco y también de que no vaya ahora a poder en montar en moto durante un montón de meses, ¡me vas a tener que escuchar cuando me entre el mono de velocidad!

—Y cuándo le veas la carita, ¿qué? No me digas que no se te va a caer la baba...

—¡Claro, a mí sola!...

—Ha venido en el mejor momento, no puedes negarlo...

—Sí, antes no hubiera podido ser. Teníamos tiempo. Sabes que necesitaba cumplir mis sueños profesionales también... Había luchado mucho por ellos...

—¡Y tienes una enorme vitrina llena de trofeos para demostrarlo! No puedo estar más orgulloso de ti, campeona...

—Tampoco lo hubiera conseguido sin ti. Cuando estás compitiendo es muy importante tenerlo todo bajo control en tu cabeza y si en tu vida la cosa va sobre ruedas, y nunca mejor dicho, se hace mucho más fácil... Además, eso también me ha permitido tener unos buenos ahorros que nos van a venir “como anillo al dedo” ahora, que tenemos que buscar un ático más grande...

—Pues es verdad, aunque reconozco que no siempre era cierto cuando te decía que estaba bien y tú a mil, dos mil o cinco mil kilómetros... Eran muchas las noches en las que me hubiera encantado poder presentarme en cualquiera de aquellos hoteles... ¡Llegó un momento en el que deseaba prenderle fuego a los aeropuertos!

—Pues ya no hace falta. Aunque alguna vez también pudiste acompañarme...

—Y eso era magnífico, pero verte a ni se sabe cuántos kilómetros por hora en la pista era más de lo que mi corazón podía soportar...

—¿Vas a decir que no molaba?

—No y no me lo recuerdes que todavía se me ponen los vellos como escarpas...

—Bueno, pero también hemos viajado mucho por placer, ¿o no? Desde luego, el techo no se nos ha caído encima.

—En eso tienes razón y a veces me dejabas flipado porque eras capaz de venir del culo del mundo y proponerme ir a cualquier lado, cuando otra solo hubiera querido refugiarse en el calor de su hogar...

—Porque la vida hay que exprimirla Jorge. Siempre he pensado que, a menudo, hasta para pasarlo bien, hay que hacer un esfuerzo. Y salir por las puertas contigo rumbo a vivir una y mil aventuras era toda una experiencia. Y nuestra casa nos estaría esperando a la vuelta, eso seguro.

—Y así hemos visto medio mundo. Y volvería a hacer todos y cada uno de esos viajes. Tengo en la cabeza cada uno de esos amaneceres y atardeceres en los más recónditos lugares...

—Y además así también tú desconectabas un poco, que trabajas duro...

—Sí, pero es mi pasión y la academia cada vez tiene más y más aceptación. A este paso voy a tener que ampliar y todo...

—También estas cumpliendo todas tus metas profesionales y eso te engrandece...

—¿Dónde estabas hasta que te conocí, Aitana?

—Pues en Cohem y, por cierto, estas Navidades tenemos que volver. Damián y su chica nos esperan. ¡Anda que no da vueltas la vida!

—En eso no te equivocas, pero yo las que dé la mía quiero darlas contigo... Y respecto a lo otro, quién me iba a decir que me iba a llevar así de bien con el de la película de miedo...

—¿Cuándo dejarás de llamarle así? Él te adora. Si hasta dio algunos pasitos de baile la última vez que vinieron a Madrid. No sé cómo pudiste convencerle para llevarle a la academia, pero moló tela...

—Porque es buena gente Damián y hay que entonarle un poquito para que su chica lo encuentre irresistible... Sabes que yo también lo quiero tela, por muy rancio que sea el jodío...

—Pero si ella es igual... hacen una pareja espléndida... Tú tenías que verla cuando salimos las chicas a cenar y Valeria quiso contarle, a su modo, lo de cuando fue a buscarme a Cohem. La pobre creía que era broma...

—Imagino. Para ella Valeria tiene que ser como un personaje de ciencia ficción. Entonces no se diga más: los haremos padrinos de nuestro segundo niño porque de este ya están asignados desde antes de concebirlo...

—Sí, ¡cualquiera le quita a esa Valeria su papel!

—Y a Alex también, pues anda que no le hace ilusión ni nada al tío...

—Hombre, la misma que te hizo a ti ser el padrino de Sandrita, que nos tiene tontos nuestra ahijada, con esos tres añitos y esa media lengua pá pegarle un bocado...

—Menos mal que perdemos pie con ella porque te tengo sorpresa. Nos la dejan a nosotros cuando se vayan de luna de miel... Valeria está pletórica, ahora que ya puede presumir de título de Criminología en la mano y solo les queda dar el paso... Y están ahí rozándolo... Te recuerdo que se casan en un mes, ya sabes se casan porque se quieren y...

—Y ya vuelves tú a la carga. Raro era que no hubieras sacado el tema hoy—dijo, guiñándome un ojo...

—¿No vas a ceder nunca, preciosa?

—¿Por qué necesitas papeles, amor? ¿Quieres una mayor muestra de confianza y unión que tener un hijo contigo?

—Pero lo hiciste una vez. Si es que fueras contraria al matrimonio, por naturaleza, no insistiría, pero lo has hecho antes...

—Y fue un circo, Jorge... Esa es la verdad del asunto. Por eso no me lo he vuelto a plantear. No tengo nada en contra de casarme, pero todo lo que lo rodea, ¡no quiero volver a estar discutiendo con mis padres sobre qué primos puedo sentar juntos y cuáles no se hablan! Yo soy más libre que eso...

—Yo tampoco quiero una boda así... ¿Y si nos vamos a las Vegas? Cuando nazca el bebé...

—Cuando nazca el bebé nos va a tener un poco entretenidos para pensar en ir a Las Vegas, cabeza de chorlito...

—Tienes razón. A ver que yo por mí, me casaba contigo metido en un botijo, pero esto es cosa de dos y si a ti no te apetece tengo que respetarlo...

—No es eso, Jorge no es eso y lo sabes. Hagamos un pacto. Cuando nuestro niño o niña ya ande y lo disfrute, nos casamos en Zahora, en Cádiz. ¿Recuerdas que fue allí donde pasamos los mejores momentos de nuestro primer verano?

—¡Cómo voy a olvidarlo! En Zahora nos olvidamos del mundo y vivimos instantes mágicos. ¡Sabes que siempre estoy deseando que nos escapemos allí! Pero ¿no lo dices por decir? ¿Te casarás conmigo?

—¿Me crees capaz de bromear sobre algo así? Ni un solo día de mi vida he jugado con tus sentimientos, cielo. 0 de estrategia. Lo dijimos y lo cumplimos.

—Nunca creí que llegara este momento y tampoco quería ser egoísta. No podía pedirle nada más a la vida, pero sabes que en el fondo significa mucho para mí. Más de lo que imaginas...

—Sí, “habemus boda”, pero con tres condiciones: la primera, que no haya más de treinta o cuarenta personas, solo los más íntimos; la segunda, que esa noche bailemos salsa en la playa hasta el amanecer y la tercera... ¡que ni se te ocurra caer en la rutina! Seguiremos follando como leones o me vas a escuchar...

—¡Buff! Eso último me va a costar un trabajo enorme—dije. Y falta un detalle. Conozco a un juez que creo que estaría encantado de convertirnos en marido y mujer...

Seguí conduciendo con lágrimas en los ojos y pensando que, camino al ginecólogo para ver por primera vez la imagen de nuestro bebé y con la que era mi compañera de aventuras en la vida dispuesta a casarse en el futuro conmigo, aquel era el momento más emocionante que jamás hubiera podido soñar.

No la imaginaba como una novia convencional. Seguro que se empeñaba hasta en que llegáramos a la playa en moto, pero de otra forma no hubiera sido ella. Bajo el cielo de Madrid y el mundo de Aitana, me sentí más cerca de ella que nunca...